3452

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡DIOS SOBRE TODO!

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á tiempo	1	H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Todo.
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	»
Casado y con hijos	1	José Campo Arana	»
Champagne frappé	1	Miguel Echegaray	»
Céfiro enamorado	1	Luis Pacheco	»
Cortar por lo sano	1	A. Sanchez Ramon	»
Donde fueres, haz lo que vieres	1	E. Jackson Cortés	»
Dos sabios	1	Antonio Salazar	»
El egoismo	1	E. Segovia	»
El cuerpo del delito	1	José Jackson Veyan	»
Entre amigos	1	F. Flores García	»
La cinta azul	1	Enrique Prieto	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Las orejas del lobo	1	José Campo	»
Lazos del corazon	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carranza	1	José María Nogués	»
Perdido por mil	1	E. Navarro	»
Por el balcon	1	Enrique Prieto	»
Por indicios	1	F. Roccherini	»
Primera carta de amor	1	E. Navarro	»
Sin comerlo ni beberlo	1	I. A. Bermejo	»
Yo pequé	1	Manuel Sala	»
Á espaldas de su marido	2	Ildefonso A. Bermejo	»
La daga de Alfonso XI	2	Francisco Macarro	»
Marte, Baco, Venus y Terpsícore	2	Enrique G. Bedmar	»
Como las golondrinas	3	M. Echegaray	»
Despues de la boda	3	José Campo Arana	»
Don Baldomero Espartero	3	A. Gamayo	»
El cura de San Antonio	3	Ceferino Palencia	»
En el seno de la muerte	3	José Echegaray	»
En la piedra de toque	3	E. Alvarez Gimenez	»
Las penas del purgatorio	3	J. Campo Arana (*Mit.*)	»
María Estuardo	3	José Campo	»

¡DIOS SOBRE TODO!

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª edicion).
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion).
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (6.ª edicion.)
Los lazos de la familia. (4.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª edicion.)
La agonía. (3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª edicion.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural (2.ª edicion.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (4.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro.
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª edicion.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª edicion.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4.ª edicion.)
La creacion refundida. (M de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (8.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

¡DIOS SOBRE TODO!

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada en el Teatro de VARIEDADES el 29 de Marzo de 1862.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA	Doña Cármen Berrobianco.
PILAR	Doña Emilia Sanz.
ENRIQUE	D. Julian Romea.
D. MIGUEL	D. Florencio Romea.
JUAN	D. Alfredo Maza.
BALTASAR	D. N. Delgado.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á DON ALONSO GULLON.

Si hace quince años se hubiese permitido un autor dramático dedicar á un *editor* una comedia, sobre parecer caso milagroso y de suyo inverosímil, habríase estimado más como memorial que como dedicatoria, y á extraños y propios hubiera dado no poco que decir tan imprevisto é inusitado acontecimiento.

Y hubiera estado entónces la razon por parte de los maldicientes; hasta hace quince años, poco más ó ménos, poeta y editor eran sinónimos de perro y gato; mejor dicho, de gato y raton respectivamente. Miraba el autor al propietario editorial como á quien comia de su carne, y el editor al poeta, como á quien explotaba su criterio, si criterio podia tener entónces un editor. Enemigos íntimos siempre, y tanto más cuanto estaban en mayor contacto, hacíanse una guerra pública y descarada, que terminaba á cada comedia nueva, para comenzar otra vez al dia siguiente de cada representacion.

Quién de ambos partidos tenia más razon lo prueban los hechos. Si no pocas veces algunos autores solían dar al comerciante gato por liebre, muchas más acostumbraba este á pagar la liebre como si fuera gato: díganlo entre otras pruebas públicas y notorias, la de haber adquirido un editor á *perpetuidad* por mil reales cada una, obras como el *Macías*, la *Marcela*, el *Trovador*, y *Los amantes de Teruel*. Estas cuatro obras, segun cálculo aproximado, habrán producido á estas horas unos veinte mil duros cada una. Cuando se acabe la *perpetuidad*, esto es, cuando llegue la consumacion de los siglos, imagínese el lector á lo que habrá llegado la suma.

Por fortuna para la literatura dramática, un ministro de la corona, alcanzando con este solo hecho más celebridad que con todos sus actos políticos, pensó en sacar á los poetas españoles del estado humillante y vergonzoso en que yacían. Publicóse el decreto orgánico de Teatros de 1849, y desde aquella fecha fueron saliendo de sus tradicionales guardillas, los que con sólo una comedia de gran éxito entre veinte de éxito mediano, habían enriquecido á editores y empresarios.

Tan fuerte era la transicion; tan imposible les parecía á los poetas que sus versos fueran oro, que no bastó el decreto para que dejaran de venderse las obras que se escribían. Pagábase ya más por ellas, sin embargo, y en el año 1850 se vió ya el pasmoso ejemplo de dar un editor 10.000 reales, sólo por la propiedad de provincias y la impresion de un drama representado en el Teatro Español. Esto no era suficiente: si el decreto de Teatros hacía propietario al poeta, ¿por qué este había de vender su propiedad, ántes de saber en cuánto podía tasarla?

Un escritor dió el primer paso. Camprodon guardó la propiedad de *Flor de un dia*, y encargó á usted, amigo mio, que se la administrase. Mientras se veía

669404

el resultado, otro poeta, Luis Eguilaz siguió su ejemplo. Tres años, poco más ó ménos, tardaron sus esperanzas en realizarse, y en esos tres años, no pocos de sus compañeros, tachaban á ambos de visionarios, y tenían por locura que, pudiendo venderse cada comedia en 10.000 reales, se hiciera el poeta impresor, administrador y, en una palabra, comerciante de sí mismo. Á los tres años, Camprodon había cobrado por *Flor de un dia*, tres mil duros: á los tres años de representarse *Verdades amargas*, Luis Eguilaz había percibido por los derechos de representacion de sus obras y por la venta de ejemplares 150.000 reales.

La prueba fué decisiva, y la zarzuela, que por otra parte tanto daño ha hecho á la literatura patria, contribuyó á afianzarla. En pos de Camprodon y Eguilaz, fueron Vega, Luis Olona, Gaztambide, Barbieri, García Gutierrez y el autor de estas líneas. Nadie mejor que usted sabe á lo que ascienden las cantidades devengadas por nuestras obras y la renta que estas nos producen.

Para lograr este resultado, preciso era tambien un administrador probo é inteligente, que mirara por nuestros intereses como por los suyos propios; y yo de mí sé decir que en usted he encontrado siempre toda la lealtad y toda la eficacia que pudiera ambicionar el más descontentadizo.

Hoy, que gracias al Conde de San Luís, primero, y á nuestros compañeros, despues, tenemos una posicion independiente, los que con más fortuna que mérito, logramos los aplausos del público: hoy que no puede tomarse por solicitud interesada la dedicatoria de una comedia ofrecida á un editor por un autor dramático, ofrezco á usted, amigo mio, la presente, no por lo que valga, sino como débil expresion de mi constante y cariñoso afecto.

¡Ojalá mi pobre y desautorizada voz, pueda convencer á los autores que aún enajenan sus obras, de la imprudencia que cometen!

¡Usted, amigo mio, mejor que nadie, puede convencerlos con nuestro ejemplo de que el trabajo tiene más legítima recompensa! ¡Usted puede evitar con sus advertencias y reflexiones, que con un abandono indisculpable, haya aun autores dramáticos que vendan por un pedazo de pan la fortuna de sus hijos!

LUIS MARIANO DE LARRA.

22 de Marzo de 1862.

ACTO PRIMERO.

Sala de una alquería en el Cabañal de Valencia. En el foro una puerta grande que da á un jardinito, por el que se atraviesa para salir de la casa. Una reja á cada lado de la puerta que da al jardin. Dos puertas laterales que dan á las habitaciones. Muebles sencillos y casi toscos.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, JUAN, BALTASAR, entrando por el foro.

ENR. ¡Adentro!
JUAN. Pero repara
que podemos estorbar.
ENR. Juanito, no tiene nadie
derecho en el Cabañal
para hacer que se respete
su casa por los demas.
Aquí, segun la costumbre
desde tiempo inmemorial,
todas las horas son buenas
para entrar con libertad
en la casa del vecino
y obligarle á pasear.
JUAN. Pero si no tiene gana...
ENR. Tanto mejor.
BALT. Bien está:

pero creo que no tiene
derecho la vecindad
para atormentar al prójimo
que quiera vivir en paz!

ENR. Te equivocas. El que quiera
vivir con tranquilidad
que se vaya al Burgo de Osma
ó á los baños del Bastan;
pero aquel que viene al Grao
ya sabe en él al entrar
que pierde, aunque libre sea,
su egoismo individual.
Aquí el prójimo es el rey
en casa de los demas,
y los demas son los reyes
en la del prójimo.

BALT. Ya...
pero el triste...

ENR. ¡Que se alegre!

JUAN. El melancólico...

ENR. ¡Hay tal!
que finja alegrarse; aquí
no se viene á suspirar...

BALT. Bueno. (Con resignacion.)

JUAN. Todo está en silencio.
Enrique, mejor será
que volvamos luégo.

ENR. Luégo
ya no hay tiempo. Baltasar,
hazme el favor de ir corriendo
y despierta á Carvajal
y á Gutierrez; con los dos
puedes esperarme allá,
para que juntos vayamos
con don Miguel y Pilar
á conocer á esa viuda
que llegó anoche.

JUAN. Estará
descansando...

ENR. Pues, amigo,
que deje de descansar.
Conocerla es lo primero,

luégo despues dormirá.
Mientras yo haré por que aquí
secunden tambien mi plan,
y juntos iremos...

BALT. Bien,
hágase tu voluntad.

JUAN. Por Dios, Enrique... (Con temor.)

ENR. Lo dicho.

BALT. Te esperamos. (Saliendo por el foro.)

ENR. Voy allá.

ESCENA II.

ENRIQUE, JUAN.

JUAN. ¡Pero que siempre has de ser
tan atolondrado y tan?,..

ENR. Y tú tan ñoño, tan tímido,
tan para poco! ¡Juan, Juan!
No harás negocio en el mundo
con tu genio singular.
Ya te lo he dicho mil veces;
nuestra sociedad actual
perdona á los pillos siempre,
pero á los tontos jamás.
Rinde al osado obediencia,
da gloria y oro al audaz,
y una sonrisa de lástima
á los cobardes, lo más.
Chico, los pobres de espíritu
bien en el cielo estarán;
pero lo que es en la tierra,
créeme á mí, están muy mal.

JUAN. Lo conozco, yo quisiera,
si no como tú, ser más...
vamos, lanzarme más pronto,
no tener miedo.

ENR. ¿Quién da
las reputaciones?

JUAN. ¡Cómo!

ENR. Las mujeres.

JUAN. No en verdad,

los hombres...

ENR. No; las mujeres;
ellas sin saberlo, van
acumulando en un hombre
desdenes ó aplausos.

JUAN. ¡Ah! (Sorprendido)

ENR. Justo: «qué guapo muchacho!...
qué alegre! ¡qué servicial!
qué cosas tiene!» y el hombre
que tiene cosas, ya está
en camino de ser todo
lo que ambicione.—Ahora, Juan,
tú que eres tímido...

JUAN. Y mucho!

ENR. Que te asusta una beldad,
que no tienes cosas, ¡vamos!
¿en qué vendrás á parar?
En que se rian de tí,
en tacharte de incapaz,
en decir: «es un pobre hombre:»
¡qué mayor calamidad!
ser *pobre hombre*, es hoy lo que era
ser verdugo años atrás.
Juan solicita un empleo,
«es un pobre hombre» dirán...
«ama Juanito á la...» ¡cómo!
pues si es un pobre hombre... hará
el papel de... de pantalla
para que algun otro... «Juan
se casa ¡ay! si es un pobre hombre.
Le van á... vamos, le van...»
Conque ese es tu porvenir;
Juan, si no te has de enmendar,
prepárate á lo que el mundo
da á los pobres, Juan.

JUAN. ¿Y qué he de hacer?

ENR. Corregirte
aún es tiempo, mas si das
tregua á que vayan las gentes
echándote el fallo, ya
no habrá medio de que evites
tu sambenito.

JUAN. Verás
cómo trato, si me ayudas,
de enmendarme.
ENR. Bien está;
entónces échate en brazos
de un amigo sin temblar,
y de tus culpas pasadas
haz confesion general.
Cree en mi experiencia; las hembras
dan hoy la celebridad
ó hunden al hombre en la nada;
olvida pues los demas,
y confiesa los pecados
de faltas que hiciste ya!
JUAN. Yo me he atrevido tan poco,
que no recuerdo...
ENR. ¡Jamás (Con extrañeza.)
has tenido lances?
JUAN. ¡Lances!... (Con rubor.)
ENR. Cuántos años tienes?
JUAN. Ya
he cumplido veintiseis.
ENR. ¡Es una bonita edad
para empezar á... pues hijo,
te habrás divertido!—
JUAN. ¡Ah!
no soy tan tímido en todo,
ni me asusta pelear
con un hombre; pero en viendo
un semblante angelical;
en oyendo á una mujer,
en sintiéndola rozar
su trajo de seda, vamos,
así junto á mi gaban,
siento por todo mi cuerpo
un temblor particular,
y se me traba la lengua...
y se acabó, ya no hay más!
ENR. ¿Pero no has amado nunca?
¿no ha llegado una beldad
á interesarte de modo...
JUAN. Sí, y con esa temblé más.

El año pasado, estando
en Biarritz, con mamá,
vivía cerca de casa
una jóven ¡Dios de Abrahan!
con unos ojos así...
¡ay, Enrique! y un mirar...
y un pie así, y una cintura
así... y...

ENR. Suprime por piedad
las medidas, serán falsas,
tú no llegarías á... (Haciendo ademan de medir.)

JUAN. No sé si era amor el mio,
sólo sé que al ir á hablar
la miraba, ¡la miraba!
ella se reía...

ENR. ¡Ya!

JUAN. Y cuanto más se reía,
yo... ¡pues!... la miraba más.

ENR. ¡Bonito cuadro! ¿y despues?

JUAN. Una tarde á pasear
salimos, y en un arroyo
un pie se la escurrió, y zás,
cayó en él.

ENR. ¡Y tú!

JUAN. Yo quise
tener valor, la fuí á alzar,
y al mirarla tan de cerca,
me quedé así... (Abre la boca y los brazos.)

ENR. ¡Y ella!

JUAN. ¡Ah!
me dió las gracias riendo
y no la he vuelto á ver más.

ENR. ¿Por qué?

JUAN. Porque aquella noche,
al ver mi debilidad,
huí de ella, maldiciendo
mi carácter infernal.

ENR. Pues, señor, es necesario
irte desbravando ya.
Oye. Á mí me gusta mucho
Pilarcita.

JUAN. ¿Quién, Pilar? (Sorprendido.)

¿la esposa de don Miguel?

ENR. ¡No grites, maldito! (Con temor.)

JUAN. ¡Bah!
tú te chanceas.

ENR. Escucha. (En voz baja.)
No la amo, ni ella me da
motivos. Es que me gusta,
me agrada oirla hablar,
que le digo tonterías,
que su esposo es suspicaz,
y como de todo duda,
me gusta hacerle rabiar.
Yo te cedo esa conquista.

JUAN. Yo á una casada! (Con terror.)

ENR. ¡Habrá tal!
si no quiero yo que tú
la ames de veras. Mi plan
es que así, insensiblemente,
te acostumbres á tratar
á una mujer, y á decirle
galanterías.

JUAN. ¡Jamás!

ENR. Sí, verdad que ella tambien
es algo tonta, y quizá
lo tomára por lo serio.
Yo veré... ¿pero me das
palabra de obedecerme?

JUAN. Si no quieres...

ENR. (¡Ahí está!... (Con rapidez.)
silencio, hablaremos luégo.)
Buenos dias: ¿qué tal va?
(Á Pilar, que sale por la derecha.)

ESCENA III.

PILAR, ENRIQUE, JUAN.

PILAR. (¡Ya está aquí ese hombre!) Muy bien;
¿y usted? (Mirando á todas partes.)

JUAN. ¡Yo sin novedad!
(Y es muy bonita... eso sí,
pero querer que yo...)

ENR. ¿Está
de mejor humor que ayer
don Miguel? (Acercándose á Pilar.)
PILAR. No estaba mal...
sino que le gusta poco
embarcarse... y...
ENR. La verdad,
no estaba contento; todo
se le volvia mirar
á ese rostro y á los nuestros;
cuando por casualidad
algun vaiven de la barca
la hacía á usted apoyar
su mano en algunos hombros,
estaba más verde y más!...
¿duerme aun?
PILAR. No, ya ha salido. (Con timidez.)
ENR. ¡Hombre, extraño madrugar!
(Buena ocasion.)
(Ap. á Juan que hace señas negativas.)
PILAR. (Y si viene (Mirando al foro.)
y nos halla... qué dirá!)
ENR. (¡Hazme el favor de largarte!)
(Incomodado aparte á Juan.)
PILAR. ¡Y á qué debo la bondad
de ver tan temprano!...
ENR. ¡Oh! (Distraida.)
no hay nada más natural;
primero á ver cómo sigue
la encantadora Pilar,
y despues á noticiarla
que estamos de novedad.
PILAR. ¿Sí?
ENR. Una viuda jóven, bella,
con un criado no más,
llegó anoche á la alqueria
del número siete.
PILAR. ¡Ah! (Distraida.)
ENR. Eran las once, tocabamos
en el piano de Juan
cuando pasó por delante
de nosotros, sin alzar

el velo de su sombrero,
que la cubría la faz.
Verla y levantarnos fué
cosa de un segundo, y ya
la íbamos á los alcances
cuando el criado truhan
abre la puerta, entra ella
y no pudimos ver más.
Conque segun la costumbre
hemos dispuesto ir allá,
hacerla que se despierte,
aunque le siente muy mal,
y darle la bienvenida
en amor de vecindad.

PILAR. ¿Pero y si viene en secreto?

ENR. (Vete.) (Ap. á Juan.) Se descubrirá
conque...

JUAN. Pues voy, con permiso (Á Pilar.)
á ver si todos están...

PILAR. (¡Va á dejarnos solos!) Pero
aguarde usted... (Á Juan.)

ENR. Es que ya (Con rapidez.)
nos esperan.

JUAN. Sí.

PILAR. Pues vaya (Á Enrique.)
usted con él.

ENR. (¡Hola!) ¡Cá!
él podrá sólo.

PILAR. Yo en tanto
tengo adentro que arreglar...

ENR. (¡Me teme!) Es que yo tenía...

PILAR. ¡Ahí está Miguel! (¡Me da
(Viendo á Miguel en el foro.)
este hombre un miedo!)

MIGUEL. Señores...

ENR. Bien venido.

MIGUEL. (Con suspicacia.) (¿Qué querran?)

ESCENA IV.

PILAR, MIGUEL, ENRIQUE, JUAN.

MIGUEL. ¿Tan temprano por mi casa?
(Con fingida cortesía.)
ENR. Era un complot.
MIGUEL. ¡Hola!
ENR. Un plan.
Llegó anoche una señora
encubierta al Cabañal,
y queremos saludarla
y conocerla. (Miguel mira á Juan.)
JUAN. Es verdad.
ENR. Esperando á que vayamos
los amigos estarán,
y venimos por ustedes.
MIGUEL. Vayan ustedes allá,
que al punto iremos nosotros.
ENR. Como usted guste. ¡Pilar!
(Dando la mano á Pilar y aparte á Juan para que haga lo mismo.)
¡Adios! (Anda.)
JUAN. (Dándole la mano.) Pilarcita...
MIGUEL. (¡Manos! milagro será.)
(Gestos de desagrado. Enrique y Juan se van por el foro.)

ESCENA V.

MIGUEL, PILAR.

MIGUEL. ¡Es una persecucion! (Apenas salen.)
no hay manera de evitar
este modo de asaltar
sin tregua mi habitacion!
PILAR. ¿Y qué quieres tú que hagamos?
MIGUEL. Irnos al punto de aquí
si se empeñan en que así
hasta el otoño vivamos.
Apenas despunta el dia
aquí los amigos entran,

parece que no se encuentran (Irónicamente.)
sin tu grata compañía.
Al comer, al almorzar,
no hay descanso, no hay recreo,
siesta, baño ni paseo
que nos dejen disfrutar.
Es la amistad gran virtud,
mas detesto la amistad
si mi cara libertad
convierte en esclavitud.

PILAR. Cierto, mas podrán decir
si les cerramos la puerta...
que aquí está en tenerla abierta
la manera de vivir.

MIGUEL. De tal franqueza me hastío
y con su amistad me enojo:
vivan ellos á su antojo
y vivir déjenme al mio.
Pero ya se ve, es forzoso (Con sarcasmo.)
hacer la córte á una bella,
aunque por él y por ella
vele sin tregua su esposo.
¿Á qué mujer no le agrada
la cortés galantería?
No oirlos ¿qué se diría?
¡que eras muy mal educada!
¿No es cierto?

PILAR. Vamos, Miguel,
¡ya comienza tu injusticia!

MIGUEL. Sí, dirás que mi malicia
injusto me hace y cruel.
Pero yo tengo experiencia,
cosa por demas bien triste,
y sé que el crímen se viste
el traje de la inocencia.

PILAR. ¡Miguel! (Con dignidad.)

MIGUEL. Cuando una mujer
huir quiere la ocasion,
pone cara de Neron
á cuantos la van á ver.
Y no hay hombre tan osado
que viendo un desden persista,

ni seductor que resista
un gesto de desagrado.

PILAR. Fácilmente se equivoca (Con intencion.)
quien tiene locos recelos,
y ó te trastornan los celos,
ó tu experiencia es muy poca.
Tú no conoces ninguno,
y hay de fingir muchos modos;
las que aborrecen á todos,
es porque quieren á alguno.
Y la mujer que severa
condena hasta una mirada,
y hasta se finge indignada
por una frase cualquiera,
prueba en su afan indiscreto,
que tú, Miguel, no conoces,
que la que es tan buena á voces
suele ser mala en secreto.
¿Qué me importa á mí que un tonto
en mí fije su mirada,
si de mi conducta honrada
ha de convencerse pronto?
¿Qué te importa que haya un necio
(Movimiento de Miguel.)
(no le hay, pero puede haberle)
que crea que he de quererle,
si su esperanza desprecio?
Yo soy, Miguel, y seré
buena por educacion,
por virtud, por conviccion,
y á ninguno daré pie;
mas crea el señor celoso
que una confianza entera
en su esposa, es la primera
condicion de un buen esposo.
Por fin, tu mujer te ruega
que en tu conducta por base
tengas siempre aquella frase
de Ventura de la Vega:
«Pon en olvido profundo
»esa experiencia fatal;
»que no basta pensar mal

»para ser hombre de mundo.»

MIGUEL. ¿Acabastes?

PILAR. ¡Acabé!

MIGUEL. No me convence el sermon.
Vega tendrá su opinion
y yo la mia tendré.
El hombre no llama en vano
á su experiencia jamás:
piensa mal y acertarás,
dice un refran castellano.
Y aunque en tu virtud confío
y que eres honrada sé,
no quiero aquí hombres, porque...
hay un cuarto de hora impío.
Si el cuarto de hora es verdad,
y estoy ausente de tí,
aquel que se encuentre aquí
que es para él pensará.
Y si el cura nos unió,
sepa el mundo, si lo ignora,
que todos tus cuartos de hora
quiero aprovecharlos yo.

PILAR. Tu duda, aunque envuelta en chanza,
acibara mi existencia.
¡Oh, mal haya la experiencia
que engendra desconfianza!
¡Mi mismo carácter, dí,
siempre tímido, apocado,
¿aún no te ha tranquilizado,
que tan mal piensas de mí?
Si sabes mi cortedad
con los extraños, si ves
que sin que á mi lado estés
no quiero la sociedad,
¿por qué con dudas constantes
me martirizas y ofendes,
y ver en todos pretendes
ó seductores ó amantes?
Hazte, Miguel, más favor,
deja mi conciencia en paz,
que la injusticia es capaz
de asesinar al amor.

¿Á qué conduce ese anhelo
por averiguar verdades,
ni soñar con tempestades
cuando está sereno el cielo?
Quien sin que el cielo le ofenda
da en fabricar pararayos,
lo que hace es llamar los rayos
sobre su propia vivienda.

MIGUEL. Sí, lo que es eso, perdona, (Reflexionando.)
tienes razon, soy un niño; (Con pesadumbre.)
pero es tanto mi cariño,
eres tan bella y tan mona,
que la verdad, mi temor,
esas dudas que te afrentan,
los celos que te atormentan
nacen siempre de mi amor.

PILAR. ¿Prometes la enmienda? (Con duda.)

MIGUEL. Sí.

PILAR. ¿Quién de un celoso se fía?
Volverás á tu manía
al alejarte de mí.

MIGUEL. No, de hoy más no pensaré
sino en que tu amor me has dado,
en tu proceder honrado
tendré entera y ciega fe.

PILAR. ¿Fe absoluta? (Con intencion.)

MIGUEL. Y noble y grande,
aunque mi genio me apremie.
(Besándole la mano.)

PILAR. Si eso haces, Dios te lo premie,
y si no, te lo demande.

ESCENA VI.

DICHOS, JULIA, por el foro, con sombrero de campo, que le quita Pilar luégo.

JULIA. (Desde la puerta.)
¿Hay permiso?

PILAR. (Volviéndose.) ¿Quién?

JULIA. (Corriendo á ella.) ¡Pilar!

PILAR. (Abrazándola y besándola.)
¡Julia!

MIGUEL. (Sorprendido.) (¡Qué es esto!)
PILAR. ¡Tú aquí!
¿Y sin avisarme?
JULIA. Sí.
PILAR. ¿Quién había de pensar?...
Mi marido. (Señalando á Miguel.)
MIGUEL. (Saludando.) Esta señora...
PILAR. Esa amiga, de quien tanto
me oiste hablar, Julia...
MIGUEL. (Interrumpiéndola.) ¡Cuánto
celebro!...
PILAR. ¿Y cómo aquí ahora?
JULIA. ¡Murió mi esposo!
PILAR. ¿En España?
JULIA. No, en su Consulado, há un año.
PILAR. Ya de verte no me extraño
en tu patria.
JULIA. Á mí me extraña.
Tres años fuera viví.
PILAR. Los que hace que me casé.
¿Y hace mucho?...
JULIA. Ayer llegué
de Marsella.
PILAR. Ven aquí.
(Haciéndola sentar á su lado, y quitándola el sombrero.)
JULIA. ¡Cuánto he pensado, Pilar,
en nuestros pasados dias
de infantiles alegrías!
PILAR. Sin escribirme.
JULIA. En cuidar
á mi esposo, enfermo, anciano,
pasó el tiempo transcurrido
desde mi boda.
PILAR. ¡Yo he sido
más feliz!
JULIA. Dije, «el verano
pasar en Valencia, y ya
á Valencia.» Iba á escribirte
cuando ahora en la alquería
oí tu nombre,
PILAR. Tenía

intenciones de reñirte,
pero al mirarte á mi lado
ya tu ingratitud olvido.

JULIA. (Mirándola.)
Tu boda te ha embellecido.

PILAR. (Abrazándola.)
Ya se me quitó el enfado.

MIGUEL. Respeto de una amistad
que desde el colegio data,
los secretos... (Saludando para irse.)

JULIA. No se trata
de misterios...

PILAR. No, en verdad.

MIGUEL. Con todo, estarán mejor
si yo me pongo á distancia...
los recuerdos de la infancia
tienen tambien su pudor.

JULIA. Es mucha galantería;
y por eso no le ruego...

MIGUEL. Pilar, señora, hasta luégo.
(Dando la mano á las dos.)
Esta pobre casa mia
es de usted...

JULIA. Gracias.

MIGUEL. Yo ofrezco
sólo con el corazon.

JULIA. Y yo estimo una atencion
que me honra y que no merezco.

MIGUEL. Yo seré siempre el honrado.

PILAR. Gracias, Miguel.

MIGUEL. (¡Una amiga!
¡oh! mi conducta la obliga...
ya puedo irme sin cuidado.)
(Se va por el foro despues de mirarlas.)

ESCENA VII.

JULIA, PILAR.

JULIA. ¡Tres años sin vernos!

PILAR. Tres.
¡Oh! cuéntame, amiga mia,

la historia de esos tres años,
los mejores de la vida.

JULIA. No fuí muy dichosa en ellos;
casada por mi familia
con quien la edad me doblaba,
tú ya al conde conocías,
lejos de España á su lado
ví pasar dia tras dia.
Creyó hacerme venturosa
sólo con hacerme rica,
y me hizo pagar bien cara
la alta merced que me hacía.
Ya murió y ya le he llorado,
pero bien puedo á una amiga
decirle que de su muerte
quedé á Dios agradecida.

PILAR. ¿Tanto sufriste?

JULIA. Inconstante,
ambicioso de conquistas,
jugador, enamorado,
el pobre conde tenía
todas las faltas de jóven
y de viejos reunidas.
En fin, por él con fortuna
independiente me miras,
y perdono á su memoria
esos años de mi vida.
¿Y tú?

PILAR. Yo me uní á Miguel...
y soy feliz.

JULIA. ¿Sí?... (Examinándola.)

PILAR. ¡Me miras
de un modo!... (Bajando los ojos.)

JULIA. Es que es tan difícil
la posesion de la dicha,
que aun viéndote yo dichosa
me parecerá mentira.

PILAR. Créeme, Julia, lo soy
cuanto es posible; si mina
mi existencia algun disgusto,
nace, por ventura mia,
del cariño de mi esposo.

¡Cuántas hay que envidiarían
el tormento de los celos
de su marido?

JULIA. Yo misma
te los hubiera envidiado
cuando casada; pero, hija,
la verdad es, que tambien
hacen pasar mal la vida.

PILAR. ¡Oh! muy mal. (Ingenuamente.)

JULIA. ¡Lo ves!

PILAR. Con todo,
(Arrepintiéndose.)
Miguel me quiere y me estima,
y sus mismos celos prueban...

JULIA. Su desconfianza indigna.

PILAR. ¡Oh, no! (Disculpándole.)

JULIA. Sí tal; el que tiene
honrada mujer, tranquila
debe tener su conciencia.

PILAR. Es su carácter.

JULIA. Pues mira,
si esos celos, aún es tiempo,
con juicio y tacto no evitas,
suplicio serán mañana
eterno. ¿Tienes familia?

PILAR. No, ¿y tú?

JULIA. ¡Tampoco! Los hijos
corrigen faltas antiguas,
pero dos esposos solos
mirándose todo el dia,
comiendo en la misma mesa,
viviendo en la casa misma,
¡tienen tanto tiempo, tanto,
de mirar sus faltas, hija,
que llega á hacerse una hoguera
la más invisible chispa.

PILAR. Es cierto.

JULIA. ¡Pobre Pilar!
Por fortuna tuya y mia
aquí estoy yo; vamos, ábreme
tu pecho, como solías
hacer siempre en el colegio.

PILAR. ¿Y qué quieres que te diga?
JULIA. ¿Tu marido tiene celos
aislados ó en comandita?
PILAR. ¡No te entiendo!
JULIA. Es que sospecha
de algun hombre, ó es que abriga
celos por todos aquellos
que te hablan y te miran?
PILAR. Eso es; tú sabes que siempre
he sido cobarde y tímida,
pues ni mi mismo carácter
de sus sospechas me libra.
Si alguno me da la mano,
él la recoge en seguida,
si álguien me mira de lejos,
él me hace volver la vista.
Si alguno me habla, él contesta,
y es tal su monomanía,
que teniendo seis criadas
ni un criado hay quien nos sirva.
En vano comprender le hago
que su conducta es ridícula,
que se reirán de nosotros:
él jura enmienda firmísima,
y como todo celoso
vuelve otra vez á la misma.
JULIA. Déjame á mí.
PILAR. ¿Qué pretendes?
JULIA. Tomar algunas medidas,
y evitar que como yo
infeliz sea mi amiga.
PILAR. No abuses de este secreto (Con temor.)
que mi afecto te confía.
JULIA. ¡Inocente! ¿crees que nadie
lo habrá advertido? Las risas
de todos podrán decirte
que estais los dos en berlina.
No, señor, pondré remedio:
en mi experiencia te fía: (Muy marcado.)
ella es madre de la ciencia,
y es natural que nos sirva.
PILAR. ¿Pero qué intentas?

JULIA. ¿Qué hombres
son los que más os visitan?
PILAR. Aquí todos, y por eso
más Miguel me martiriza:
la libertad que se goza
en el Cabañal le irrita,
y es raro que no tengamos
reyertas todos los dias.
JULIA. Mejor: así escogeremos.
PILAR. Pero yo no entiendo...
JULIA. Mira;
los hombres, que no perdonan
nunca la falta más mínima,
quieren siempre que tomemos
todas las suyas á risa.
Yo, que gracias á mi suerte,
libre estoy de tal polilla,
y que nunca entre sus garras
(Con gran seguridad.)
volveré á verme en la vida,
en todos quiero vengarme;
hoy la ocasion me es propicia,
y en hacerte venturosa
toda mi venganza estriba.
PILAR. Repara...
JULIA. ¿Por qué nos vencen,
Pilar? porque nos aislan:
l'union fait la force [1], los débiles
con la union se fortifican.
PILAR. Pero...
JULIA. (¡Aquí están!...) (Mirando al foro.)
PILAR. Viene gente,
prudencia.
MIGUEL. (¡Por vida mia!)
(Hablando con Enrique y Juan.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MIGUEL, ENRIQUE, JUAN.

ENR. (¡Entra, demonio!) Señoras...

---

[1] Liunion fe la fors.

(Á Juan primero. Saludando luégo.)

MIGUEL. (No hubo medio de evitar...)
Nos vienen á convidar
para dentro de dos horas;
son amigos.

ENR. Sí, se trata
(Colocándose delante de él.)
entre tres aficionados,
jóvenes desocupados,
de correr una regata.
Como es funcion singular
y espectáculo grandioso,
Juanito dijo, es forzoso
ir á avisar á Pilar.

JUAN. (¡Pues me echa la culpa á mí!)

MIGUEL. (¡Hola! ¡Juanito!) (Mirándole. Con recelo.)

JUAN. (¡Gran Dios!)
(Conociendo á Julia, ap. á Enrique.)

ENR. (¿Qué?...) (Ap. á Juan.)

JUAN. (La del pie, la de...)

ENR. (¡Ah!
es bellísima.)

MIGUEL. (¡Querrá
(Sin perder de vista á Juan.)
el mocito!...)

PILAR. (Ap. á Julia.) (Sí, los dos
más á menudo frecuentan...)

ENR. Espero que esta señora (Á Julia.)
se digne honrar una hora
á los que con ella cuentan.

JULIA. ¿Por qué no?

ENR. ¿Creo que ayer
llegó usted al Cabañal
á eso de las diez?...

JULIA. Sí tal.

ENR. He creido conocer...
Juan me dijo: me parece
que conozco...

JUAN. (Tengo frio.)
Sí, señora... (Con timidez.)

JULIA. Amigo mio...
(Conociendo á Juan y sonriéndose.)

JUAN. Señora, yo...
ENR. ¿Qué? ¿te escuece? (Á Juan.)
JUAN. ¿Qué?... (Sorprendido.)
JULIA. ¿Qué?... (Id.)
ENR. Al pasar un pantano
se cayó, cargando el peso (Con aplomo.)
sobre la mano, y por eso
no puede ofrecer la mano.
JUAN. Sí... (Mirando á Enrique.)
PILAR. (¿Le conoces?) (Ap. á Julia.)
JULIA. (Si á fé, (Id. á Pilar.)
es una historia...)
JUAN. (¡Maldito! (Ap. á Enrique.)
¿quieres callar?)
MIGUEL. (Necesito
(Mirando á Juan y á Pilar.)
observar...)
JULIA. (Te contaré.) (Ap. á Pilar.)
ENR. Es usted por lo que veo (Á Julia.)
amiga de Pilarcita?
JULIA. ¿Sí, y usted?
ENR. Yo soy visita
del Cabañal.
JULIA. ¡Ah!
ENR. Deseo
tratar siempre con franqueza
á quien me da su amistad,
ya que aquí á la sociedad
vence la naturaleza.
Sé bien que en el extranjero
es medida rigurosa
la presentacion forzosa
entre dos personas, pero
aquí aún no se estableció
esa moda que atormenta,
y si álguien no me presenta,
suelo presentarme yo.
Enrique Vargas y Escario,
madrileño de nacion,
soltero por aficion,
no mal mozo y propietario. (Saludando.)
JULIA. ¡Ah! (Sorprendida.)

ENR. En tratarme no habrá duda.
¿Y usted? porque me interesa...
JULIA. Julia Valcárcel, condesa,
veinticinco años y viuda.
ENR. ¡Gracias! (Con gravedad cómica.)
JULIA. ¡El lance es chistoso! (Riendo.)
ENR. Yo soy franco por demas
y no me gustó jamás
el trato ceremonioso.
JULIA. Bien hecho. ¿Y usted, Juanito,
está aquí con mamá?
JUAN. Sí.
JULIA. ¿Se divierte usted aquí
más que en Biarriz?
JUAN. Omito
manifestar mi opinion...
porque...
ENR. Vive con afan; (Interrumpiéndole.)
yo le creo al pobre Juan
víctima de una pasion.
MIGUEL. ¿Sí, eh? (Con intencion.)
ENR. Pasion misteriosa.
JUAN. No crea usted... (Á Julia.)
ENR. ¡Qué ha de hacer
el pobre sino querer?...
¡aquí no se hace otra cosa!
JULIA. ¿Dónde?
ENR. Yo hablaba del mundo.
En él, como el primer dia,
ejerce la tiranía
el amor: lazo fecundo
que une y desune los seres;
por él, firme ó inconstante,
viven en lucha incesante
los hombres y las mujeres.
JULIA. No todos! (Sonriendo.)
ENR. Aún los que el fruto
amargo ó dulce alcanzaron
y de ese dios renegaron,
le dan su eterno tributo.
JULIA. Muchos hay que por sí miden
las ilusiones ajenas,

y otros que aún con muchas penas
creen en él y reinciden;
pero hay seres, como yo,
que, gracias á la experiencia,
prefieren su independencia
y no reinciden.

ENR. ¡Ah! (Sorprendido.)

JULIA. No.

ENR. ¿Usted es viuda?...

JULIA. Hace un año.

ENR. Jóven, bella, rica. ¡Bah!
su corazon buscará
otro nuevo desengaño.
El corazon es muy tonto
y de la mente dispone:
cuanto usted más le aprisione
se le escapará más pronto.

JULIA. No tal; mi mente está sana.

ENR. El amor la pone enferma,
y aunque hoy silenciosa duerma,
quién responde de mañana?

JULIA. La que ha pagado su ayer
y está ya como yo estoy,
vive tranquila en el hoy
al mañana sin temer.
Ya he amado, ya he vivido,
ya he sufrido, ya he rabiado,
y mi corazon cansado
da sus sueños al olvido.

ENR. ¿Y usted no sabe que Dios
del mundo para consuelo
manda que entren en el cielo
las gentes de dos en dos?
¿No sabe que la mujer,
sea fea ó sea hermosa,
vino aquí... para otra cosa
que para hablar y coser?
¿No sabe que Eva su madre
de su marido nació,
y que luégo le pegó
una tostada á su padre?
¿Ignora que todo ser

tiene on este mundo hermanos,
y que nacen los humanos
del hombre y de la mujer?
Planta ó hembra, fea ó bella,
siempre al varon da fatiga,
desde el leon ó la hormiga;
donde hay él, ¡siempre está ella!

JULIA. Crece el hongo solitario
sin que le importe la yerba.

ENR. Y su bilis se exacerba
viendo que no es necesario.

PILAR. ¿De tal nombre no te espantas?

ENR. ¡El hongo! ¡linda fortuna
la que Dios le guarda; es una
planta que puede echar plantas!

JULIA. Todo eso será verdad,
pero yo tengo virtud,
detesto la esclavitud
y gozo en la libertad.
¿Por qué he de querer que sea
del amor y el hombre esclava?
cuando la pasion se acaba
ó un grano me pone fea,
¿quién ve encantos en mi tez
ni dulzura en mi pasion?
¿Qué le queda al corazon
desengañado una vez?
No insista usté en eso más;
ya una vez pagué mi censo;
el hombre es un mal inmenso
y no le tendré jamás.

ENR. ¿Qué es lo que en usted, señora,
ha influido de tal suerte
para aborrecer de muerte
al sexo que las adora?
¿Cómo puede una excepcion,
aunque fuera de las graves,
hacer que echara las llaves
á tan bello corazon?

JULIA. ¿Qué hombre es digno de otra cosa?
¿Cuál es el que por su alma
merece matar la calma

de una mujer venturosa?
Engañosos al pedir,
cobardes al adorar,
egoistas al amar,
traidores al conseguir.
Todos nos tienden la red
con disimulo notorio,
desde Adan, hasta Tenorio;
desde Tenorio hasta... usted.
El que más llora, si ruega,
más pronto, si logra, olvida;
la que fué más perseguida
más pronto su dicha entrega.
¿Cómo pues, aunque le asombre,
no hablará la mujer mal
de ese inconstante animal...
que han dado en llamar el hombre?

PILAR. Julia, eso del animal
feroz es si se repara.

ENR. (Interrumpiéndola.)
Pido la palabra para
una ilusion personal. (Pausa.)
Dios el orbe construyó
con aves, peces y cielo,
y para mayor consuelo
compañera al hombre dió.
Y cátate al pobre Adan
condenado eternamente,
á buscarse con su frente
el sustento, vulgo pan.
Por la esposa que Dios quiso
dar á Adan bella y sencilla,
perdimos una costilla,
y despues el Paraiso.
Allí mismo, y con razon,
se entabló ya esta disputa,
que ella se comió la fruta,
y él tuvo la indigestion.
Las hijas de Lot el justo
á su padre emborracharon,
y cuentan que le causaron
con esto un grave disgusto.

Por Cleopatra, hembra lista,
un imperio se deshizo,
y Herodías rodar hizo
la cabeza del Bautista.
Dalila con la intencion
que abrigaba en su regazo,
entre un beso y un abrazo
le cortó el pelo á Sanson;
y entre cadenas y grillos
fuerzas le quitó y amores,
que las mujeres, señores,
no reparan en pelillos.
Zoleika, por otro nombre
la mujer de Putifar,
en un lance singular
que alcanzó eterno renombre,
viendo que José se escapa,
la capa roba á José...
todos sabemos por qué
José se quedó sin capa.
Perdió la Cava á Rodrigo,
y Lucrecia y Mesalina,
y la Madre Celestina,
y todas las que no digo,
han sido, son y serán
blancas, rubias ó morenas,
la causa de tantas penas
se han sufrido y sufrirán.
Si esto lo enseña la historia,
si por infame hermosura
pierde el hombre la ventura,
el dinero y la memoria,
¿cómo, pues, no aborrecer
como producto del mal,
á esa... flor... artificial
que se llama la mujer?

TODOS. ¡Oh!

ENR. Perdone usted, señora,
pero me he visto obligado
á defenderme acusado...
y entra su defensa ahora.
(Con galantería.)

Aun siendo así, las adoro.

JULIA. Bien nos podemos pasar
sin su manera de amar.
Creo... (Á Pilar. Levantándose todos.)

ENR. Mi perdon imploro.

JULIA. Concedido, y vamos ya
á esa funcion.

ENR. (Á Juan.) (Anda.)

JUAN. (Á Enrique.) (¿Qué?)

ENR. (El brazo á Pilar.)

JUAN. (¿Por qué?)

ENR. (Porque esperándote está.)

MIGUEL. (Interponiéndose entre Juan y Pilar, y dando el brazo á esta.)
(¡Las conoce bien!) Perdon...
pero yo...

ENR. (Ofreciendo el brazo á Julia.)
¿Y usted?

JULIA. Iremos
las dos juntas (y hablaremos).
En marcha la procesion.

MIGUEL. (Mi experiencia me aconseja
ir sondeando al galan;
tome usted mi brazo, Juan.)
(Da el brazo á Juan.)

ENR. (Mirándolos.)
(Bien está, ya no le deja.)

MIGUEL. (Á Enrique.)
No se quede usted atrás.

JULIA. (Á Pilar.)
(¡Es hombre raro por Dios!)

ENR. (Al público.)
(¡Yo no sé cuál de las dos
es la que me gusta más!)
(Todos se van por el foro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, PILAR. Aparecen sentadas.

JULIA. En nada te comprometes.
PILAR. Ya has presenciado tú misma
lo que él llama discusiones
y á mí me parecen riñas.
Nada mi mente trastorna,
nada mi cólera excita,
ni mi carácter altera
tanto como una injusticia.
¿De qué me acusa? ¿Qué causa
he dado, Julia, en mi vida
para sus duras palabras
y sus respuestas esquivas?
JULIA. Pilar, un hombre celoso
en su sombra ve su ruina,
y ni pruebas le convencen
ni hechos su error justifican.
Es preciso que se corte
el mal en su cuna misma;
si se arraiga por desgracia,
es nula la medicina.
Aún es tiempo.

PILAR. Ya de novio
la misma falta tenía,
pero yo le disculpaba
aun con mi misma familia.
«Es amor, si no me amara
»perderme no temería;
»una vez casados, puede
»poseer lo que codicia
»y no sospechar engaños
»de aquella á quien su honra fía.»
Esto dije, pero apenas
uní á su vida mi vida,
creció sin límite alguno
su desconfianza antigua.
No hay libertad, no hay descanso;
ni mi amor le tranquiliza,
ni mis quejas le convencen,
ni mi llanto le apacigua.
Si salgo de casa, malo;
si en casa me quedo, afirma
que será por ver á alguno;
si no contesto se irrita;
si hablo, dice que la culpa
me hace insolente y altiva;
si me miran, riña al canto;
sospecha si no me miran
de que estaremos de acuerdo...
¡Oh! ¿Qué quieres que te diga?
¡Para lucha tan pesada
gran virtud se necesita!

JULIA. ¡Pobre Pilar, razon tuvo
la pícara que decía
que hay que engañar á un celoso...
por decoro!

PILAR. ¡Julia! (Casi llorando.)

JULIA. ¡Niña! (Reprendiéndola.)
¡Vamos! Busquemos su enmienda
en una venganza lícita,
y veamos si el ridículo
cura su monomanía.
La luna de miel es larga
entre esposos que se estiman

y tres años son tan solo
el prólogo de la vida.
Aún es tiempo. Al ver tu suerte,
(Con intencion.)
eso siempre se adivina,
¿no se te ha acercado un hombre
de esos que están á la mira
de esposas desventuradas
para caza de conquista?

PILAR. No.

JULIA. Repasa tu memoria:
uno de esos que fatigan
con miradas melancólicas
cuando una está pensativa;
y alzan los ojos al cielo
y los bajan y suspiran...
y al irse aprietan la mano
con expresion compasiva,
como diciendo: «si fuera (Imitándolos.)
yo *él*, que feliz te haría!»

PILAR. ¡Ah! (Sorprendida.)

JULIA. Sí, los hombres son todos
en amores y en política,
mas actores que Romea,
y más osados que Anibal.

PILAR. De esos que hacen lo que dices
hay algunos...

JULIA. No, precisa
la cuestion: no quiero muchos,
uno.

PILAR. ¿Aquí?

JULIA. Sí.

PILAR. Pero mira
que no sé...

JULIA. Vamos.

PILAR. Yo... Vargas
(Tímidamente.)
hace todo eso, y se explica
alguna vez; ya me ha dicho
que tiene á Miguel envidia.

JULIA. ¡Ah! conque el señor que dijo
ayer tantas picardías

de las mujeres, parece
que las busca?... convendría
buscar otro. ¡Aquí el objeto
es encontrar una víctima,
y ese es un lagarto! Nada...
busca otro.

PILAR. También suspira
Juan, aquel pollo que estaba
ayer con el otro.

JULIA. ¡Hija!
pues si ese me ha echado á mí
unas miradas oblícuas... (Con burla.)
Pero aguarda, ese muchacho
tiene pasiones tan tímidas (Reflexionando.)
que jamás abrió su boca
ni para llamarme linda...
¿no es cierto?

PILAR. Sí, á mí tampoco
me ha dicho nada en su vida.

JULIA. ¡Es inexperto, y sabrá
cometer mil tonterías
por poco que se le ayude;
escogido! (Con decision.)

PILAR. Tú te obstinas
en un plan, que traer puede
tal vez...

JULIA. Yo quiero tu dicha,
y la tendrás si te ayudo;
mi experiencia te lo afirma.
Vargas es hombre corrido
en femeniles intrigas,
de esos que al darles el pié
toman la mano y arriba...
Nos conviene el otro. Tú
no hagas nada. Eres tan tímida
como él... Déjalo á mi cargo.
Los tontos son esas viñas
(Con tono enfático.)
plantadas junto al camino
por una mano benigna,
y de las que cuantos pasan
de todos los gajos pican.

Los tontos, pues, en el mundo
son bienes de propios, hija:
Juanito es del mundo entero,
y es nuestro mientras nos sirva.

PILAR. ¿Y qué he de hacer?

JULIA. Tú... mirarle,
lo demas es cuenta mia.

PILAR. ¡Por Dios, Julia! Si Miguel (Con temor.)
sin causa me martiriza,
al ver apariencias...

JULIA. Ese
es su castigo.

PILAR. Podrías
elegir un medio...

JULIA. ¿Quieres
sufrirle toda la vida
celoso?

PILAR. ¡Oh! aunque quisiera,
difícilmente podría.

JULIA. Pues entónces no te importe:
se juega limpio, y tu amiga
es sólo la responsable
de su honra y de la intriga.

PILAR. Ahí está Juan. ¡Por Dios! (Mirando al foro.)

JULIA. (Con rapidez.) (¡Calla!)

PILAR. (Mas...)

JULIA. (La comedia principia.)

ESCENA II.

DICHOS, JUAN, por el foro, donde se queda parado al verlas.

JUAN. (¡Las dos!) Señoras...

JULIA. ¡Juanito!

JUAN. (Esta mujer me fascina.)

JULIA. Entre usted.

JUAN. No, si es que estaban...

JULIA. Adelante.

JUAN. Sentiría
molestar.

JULIA. Nunca molestan
los amigos.

JUAN. ¡Oh! (Entrando.)
JULIA. Debían
estar tal vez enojadas
con usted las que hoy olvidan
su proceder, y su enmienda
solamente solicitan.
JUAN. ¡Cómo! ¡enojadas conmigo! (Sorprendido.)
¿Pues qué he hecho yo?
JULIA. Su fingida
(Todo con solemnidad cónica.)
sinceridad es el colmo,
Juanito, de su osadía.
JUAN. De mí...
JULIA. Por Dios, considere
que ya no somos dos niñas.
Y me alegro de este encuentro,
porque hablarle me precisa.
JUAN. (¡Qué es esto!) (Cada vez más sorprendido.)
JULIA. ¡Usted es temible!
JUAN. ¡Yo!
JULIA. Parece que medita
siempre planes arriesgados.
¡Oh! su audacia es excesiva.
(Muy marcada la ficcion.)
JUAN. ¡Señora!...
JULIA. Recuerde en Biarritz...
que me ví comprometida
por usted.
JUAN. ¡Por mí! (Sin comprender.)
JULIA. Tenaces
sus ojos me perseguían...
(Dirigiéndose á Pilar.)
y dió más que hablar mirándome...
Tuve que huir.
JUAN. No sabía...
JULIA. El dia despues del charco.
Cuando caí, si mi vista (Á Pilar.)
no le contiene, en sus brazos
me ve toda mi familia.
JUAN. Pero...
JULIA. Y bien por Dios, Juanito,
esos lances no repita.

Aquí mismo se han notado.
(Con intencion marcada.)
ya sus miradas. Si estima
la tranquilidad de alguna
señora, por Dios no insista...
se observan sus pasos; temen
su arrojo de usted; suprima
con ella, por su honor mismo,
su seductora manía.

JUAN. ¡Pero, Dios mio... yo... vamos! (Aturdido.)
no sé...

JULIA. No finja, no finja;
pida perdon de sus faltas,
conozca que son perdidas
sus esperanzas, que *ella*
anhela vivir tranquila,
y que usted la compromete. (Pausa.)
Adios, y por ella misma,
por usted, por el marido
renuncie .. (Señas de Pilar.)

JUAN. ¡Jesús! ¡mentira!
(Comprendiéndola y asustado.)
yo atreverme...

JULIA. Basta, basta,
sus hechos lo certifican,
es usted un caballero...
no más.

JUAN. Me iré. (Dirigiéndose al foro.)

JULIA. (¿Sin decirla,
(Deteniéndole y aparte.)
sin prometerle la enmienda?)
Pilar, adios, y confía
en sus frases, es honrado
y no anhelará tu ruina.
(¡Pobre hombre!) (Conteniendo su risa.)

PILAR. Julia, yo... (Turbada.)

JULIA. Vamos,
muy corta la despedida.
(Á Juan, y se va por la izquierda.)

ESCENA III.

PILAR, JUAN.

JUAN. Señora, estoy aturdido...
PILAR. (Yo tambien.)
JUAN. ¿Quién se ha atrevido
á decir que yo pensaba?...
PILAR. Yo tampoco sospechaba...
¡Mi marido!
JUAN. ¡Su marido!
(Luego soy un seductor,
luego yo la tengo amor,
luego ella me teme á mí,
luego yo tímido fuí
y me ven emprendedor?
Vamos, no sé qué pensar,
no me atrevo ni á mirar...)
PILAR. (¡Si Miguel nos sorprendiera!
¡esa Julia!)
JUAN. (Yo quisiera
encontrarme en alta mar.)
Sí, mi enmienda, yo no sé, (Turbado.)
señora, en lo que pequé,
pero yo seré discreto,
y si es que la comprometo
de Valencia partiré.
PILAR. ¿Qué quiere usted que le diga?
sus miradas y mi amiga...
JUAN. ¿Yo he mirado? pues, señora,
no miro más desde ahora. (Bajando la vista.)
PILAR. Está bien.
JUAN. Si eso la obliga...
(¡Ay, Dios! si Enrique supiera,
y en este lance me viera!...
el caso es que ya que así
me temen tantos aquí
yo podría si quisiera...
¿Y por qué no? sí, valor.)
(Luchando con su timidez.)
Señora, (siento un rubor)

ya que mis ojos han hecho
la confesion de mi pecho
y han publicado un amor...
aunque no mire, hablaré.

PILAR. (¡Pues: la otra le ha dado pié.)
No... si usted habla me voy. (Con rapidez.)

JUAN. Yo juro á usted por quien soy
que á todo me callaré. (Pausa.)

PILAR. (Me parece que me mira.)

JUAN. (Creo escuchar que suspira.
Y si no miro ni hablo
¿qué voy á hacer, voto al diablo!)
(Gran pausa.)

ESCENA IV.

DICHOS, MIGUEL, que entra, y al verlos se queda en el foro escuchándolos.

MIGUEL. (¡Hola! ¡contengo mi ira!
Oigamos... nada se escucha...) (Pausa.)

JUAN. (¡Decir que mi audacia es mucha!)

PILAR. (¡Como no se vaya pronto!...)

MIGUEL. (¿Estaré yo haciendo el tonto?)
(Baja al proscenio.)
(¡Don Juanito ya es un trucha!)
Señores... (De repente, colocándose en medio.)

PILAR. ¡Ay! (Asustada.)

JUAN. (¡Cielos! ¡él!)
(Retrocediendo y dramáticamente.)

MIGUEL. ¡Oh! ¡qué susto tan cruel!... (Con ironía.)

PILAR. Como llegas de repente...

MIGUEL. Sí, pues... asusto á la gente...

JUAN. (¡Qué mirada!)

MIGUEL. (¡Qué papel!)
La mano, Juan. (Ofreciéndosela.)

JUAN. Yo, al momento. (Se la da.)
(¡Cómo aprieta!)

MIGUEL. (¡Este tormento!
(Mirándolos alternativamente.)
Están turbados los dos...
á ser cierto, ¡vive Dios!

que he de hacer un escarmiento.)
¿Y usted, qué quería?

JUAN. Nada... (Turbado.)
Ver si la noche pasada...
había tranquila sido...
si Enrique había venido.

MIGUEL. No.

JUAN. Pues está terminada
mi visita. Pilarcita... (Saludando.)

MIGUEL. ¿Ya se acaba la visita? (Con ironía.)

JUAN. Sí; nada tengo que hacer.

MIGUEL. (Pues; ¡vine yo!) Hasta más ver...
(¡Su hipocresía me irrita!)

JUAN. (¿En qué belen me he metido?
¡qué mujer, y qué marido!)

MIGUEL. Vuelva usted luégo. (Veré
despacio y le observaré.)

JUAN. (Me voy, estoy decidido.) (Se va por el foro.)

ESCENA V.

PILAR, MICUEL.

MIGUEL. Ahora, Pilar, me dirás (Estallando.)
que son injustos mis celos,
que son locos mis recelos
cuando tan turbada estás.
¿Qué hacían ustedes dos
callando?

PILAR. ¿Vas á pensar
que te engaño hasta en callar?

MIGUEL. El que calla otorga.

PILAR. ¡Adios!
(Dirigiéndose á la izquierda.)

MIGUEL. Así contestar se evita,
y se falta sin reparo...

PILAR. Cuando el crímen está claro,
negarse no necesita. (Váse.)

ESCENA VI.

MIGUEL.

¡Miguel! harás el papel
de un Otelo impertinente;
¡ó te engañará esta gente
á pesar tuyo, Miguel!
Pilar se pone á temblar (Reflexionando.)
cuando algun hombre la mira!
¿será ese temblar mentira
y me engañará Pilar?
Enrique, aunque no se explique,
como es buen mozo, atrevido...
y yo soy... vamos... marido,
¿me querrá engañar Enrique?
Juan, con tímido ademan
no habla palabra en su vida:
si es su timidez fingida,
¿me estará engañando Juan?
Miguel, tu sino es cruel,
y en limpio puedes sacar,
que Juan, Enrique y Pilar
te vuelven loco, Miguel!

ESCENA VII.

MIGUEL, ENRIQUE, por el foro.

ENR. ¿Usted tan solo?
MIGUEL. Sí, están
vistiéndose para el baño.
ENR. En vertirse y desnudarse
pierden las mujeres tanto...
MIGUEL. (Bien puedo fiarme de este, (Reflexionando.)
es más abierto, más franco.)
ENR. ¡Conque es decir que la viuda
ya es de la casa?
MIGUEL. Tres años
han vivido separadas
las dos amigas, y en tanto

que vivamos en Valencia,
¿quién las separa?

ENR. Está claro.

MIGUEL. (Si yo pudiese...)

ENR. Carácter
es el de Julia bien raro...
¡Qué aborrecer á los hombros!
Puede que esté equivocado,
pero, don Miguel, ¿no es cierto?

MIGUEL. ¿Qué?

ENR. ¿Que no somos tan malos?

MIGUEL. ¡Es segun!

ENR. Ella caerá
el dia menos pensado
con quien ménos se figure,
con quien ménos valga, acaso.

MIGUEL. Por fuerza; y usted, que ayer
acusó á la mujer tanto,
usted que conoce á fondo
sus farsas y sus engaños,
comprenderá fácilmente
que esos carácteres raros
son solamente caretas
ad hoc para los incautos.
Esas que por todo tiemblan
darán mil vueltas al diablo,
y á solas serán audaces
como quieran lograr algo.

ENR. (Es su mujer: si el marido
le cuenta eso á los extranos,
¿qué extraño es que ellos procuren
hallar la verdad del caso?)

MIGUEL. Esas otras que abominan
de los hombres, y hacen ascos
á otra boda, aun con el luto
por el pobre á quien mataron,
cuatro veces se casaran
si enviudaran otras cuatro.

ENR. ¡Es usted terrible! (Sonriendo.)

MIGUEL. Amigo,
he vivido cuarenta años,
y la experiencia hace al hombre

conocedor y misántropo.

ENR. Eso va en gustos; á mí (Con aplomo.)
la experiencia me ha enseñado
á sacar todo el partido
posible de los humanos.
Dios dijo al hombre al ponerle
en pleno globo terráqueo:
«todo eso es tuyo,» y yo cojo
lo mio donde lo hallo.
Las conveniencias sociales
que los hombres inventaron
los dividen convirtiéndolos
en víctimas ó tiranos.
Yo, espectador silencioso
de sus locos arrebatos,
mi comodidad procuro
y mis gustos satisfago.
Mátanse unos por la patria,
que los deja sin un cuarto,
y por una mujer otros
pierden fortuna y descanso.
Un necio por ser ministro
y llenarse de cintajos
y llevar en la solapa
cuatro dedos de bordado,
pasa la vida leyendo
la prensa de cabo á rabo,
y pidiendo la palabra (Con exageracion.)
que Dios libre le ha otorgado.
Aquel convierte en ideas
resmas de papel en blanco
por un laurel, que aun en guisos
es nauseabundo y amargo.
Otro infeliz pasa el tiempo
revolviendo diccionarios
para saber si aquel dijo
«llegar ó llevar á cabo.»
Y otro más pobre que todos
se quema cejas y cascos
censurando obras ajenas
que no le importan un rábano.
Ay, don Miguel, ya lo han dicho,

este mundo es un fandango,
el que no baila es un tonto,
y yo por no serlo bailo.

MIGUEL. ¡Dichoso usted!

ENR. Ya lo creo...
Si el serlo está en nuestra mano,
échese á él sólo la culpa
el que viva desdichado.
Si la vida es un viaje
que acaba... Dios sabe cuándo,
que llega... Dios sabe á dónde,
que va... Dios sabe á qué paso,
viajemos en *primera*
y lo mejor que podamos,
que eso al ménos ganaremos
si al final descarrilamos.

MIGUEL. No todos tienen el alma
tan libre de sobresaltos,
ni todos al hombro se echan
desdichas y desengaños.
Yo bien quisiera, pero hay
sin duda, cosas y casos...
en que el ser más egoista
pierde los estribos.

ENR. ¡Malo!
El que pierde los estribos
montar no debe á caballo.

MIGUEL. Pero si montó hace tiempo...

ENR. (Interrumpiéndole.)
No hay remedio, batacazo.

MIGUEL. (Con gravedad.)
Enrique, usted es mi amigo.

ENR. (Vacilando.)
¡Hombre!... sí, lo que llamamos
amigos, lo soy... le escucho
á usted y le doy la mano.

MIGUEL. (Más grave aun.)
Usted es mi amigo.

ENR. (Con resignacion.) Bueno.

MIGUEL. Enrique, el hombre casado
tiene pendiente su honra
de un cabello.

ENR. Pues si es calvo...
MIGUEL. Yo amo á mi mujer.
ENR. Bien hecho,
es muy bonita.
MIGUEL. (De mal humor.) Estimando.
ENR. (Con sencillez.)
No hay de qué...
MIGUEL. Tengo sospechas...
no de ella! (Con énfasis.)
ENR. ¡Ya!
MIGUEL. ¡Pero hay tantos
que por el cercado ajeno
codician el fruto!
ENR. Al grano.
MIGUEL. (Con intencion.)
¿Conoce usted bien á fondo
á su amigo Juan?
ENR. ¡Y tanto!
MIGUEL. (Muy marcado.)
Esa timidez constante...
esa cortedad, veamos,
¿no son una infame máscara
con que disfraza sus actos?
Bajo esa corteza hipócrita,
diga usté, Enrique, ¿no hay algo?
ENR. (Con sencillez.)
Algo debe haber.
MIGUEL. (Con seguridad.) ¡Si yo
difícilmente me engaño!
ENR. (Con ironía.)
¡Con su experiencia!
MIGUEL. De usted
fácilmente me he fiado...
usted no me inspira miedo...
ENR. (Con rapidez.)
¡Bien hecho!
MIGUEL. Su genio franco,
su buen humor le colocan
en mejor terreno.
ENR. ¡Es claro!
MIGUEL. (Con misterio.)
¿Qué sabe usted?

ENR. Yo lo veo
pensativo, cabizbajo.
Pero no creo que sea
Pilar su objeto adorado.

MIGUEL. ¿No?

ENR. Al revés, si fuera Julia,
comprendería...

MIGUEL. ¡Qué! ¿acaso?...

ENR. Estaba loco en Biarritz
por ella, pero...

MIGUEL. Ese dato
es sospechoso. Ya amaba
allí á una casada. Tanto
le puede gustar el género...

ENR. (Maliciosamente.)
¿Quién sabe?

MIGUEL. Nada sacamos
en limpio.

ENR. Á mí no me ha dicho...

MIGUEL. Pues bien, un favor reclamo
de su amistad; con cordura,
con tino, en usted acaso
tendrá confianza, inquiera...

ENR. El asunto es delicado.

MIGUEL. Descubra usted su secreto,
y si es lo que pensamos...

ENR. Lo que piensa usted, yo no. (Con viveza.)

MIGUEL. No me lo oculte, sus cargos
de usted y sus reflexiones
influirán en él algo...
con que usted...

ENR. (¡Todos lo mismo!)
Yo veré...

MIGUEL. Voy descansando. (Con gratitud.)
En usted confio. Adios,
gracias.

ENR. No hay de qué.

MIGUEL. La mano.

(Enrique se la da á pesar suyo, y Miguel se va por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

¿De qué le sirve al mortal
la experiencia ó el talento,
si cuando llega un momento
sabe emplearlos tan mal?
Da su mano al criminal,
sospecha del inocente,
es celoso, impertinente,
y si su mal es profundo,
echará la culpa al mundo
cuando es suya solamente.
¡Si yo me hubiera casado
tal vez lo mismo sería!...
¡Toda la experiencia mia
no me hubiera aprovechado!
¡Oh Dios! tú que me has dejado
libre, solo, independiente,
oye mi voto ferviente!
con el alma te lo pido,
¡no me hagas, por Dios, marido,
ó hazme marido decente!
Y ese es del cielo el castigo...
«soltero robas el bien,
y cuando caigas, tambien
harán lo mismo contigo...»
¡Y yo que he pecado... digo!
siempre que tuve ocasion...
vendrían en peloton
los terribles vengadores...
sigo soltero, señores, (Al público.)
para ver bien la funcion.

ESCENA IX.

DICHO, JUAN, entra por el foro receloso.

JUAN. ¡Te buscaba!
ENR. (El seductor.)

JUAN. ¡Ay, Enrique!
ENR. ¿Qué te pasa?
JUAN. Que yo no vuelvo á esta casa.
(Mirando á todas partes.)
ENR. Están en el tocador.
Habla sin miedo.
JUAN. Tú ayer
mi timidez censuraste,
y hasta un medio me indicaste...
ENR. ¡Qué á Pilar...
JUAN. Has de saber
que sin saberlo yo mismo
dicen que he dado lugar
con mis ojos, á pensar...
sácame tú de este abismo.
ENR. Si no hablas claro, sospecho
que en el abismo te quedas.
JUAN. Tal vez tú, sin hablar, puedas
saber lo que hay en mi pecho.
Yo nunca en Pilar pensé,
por el contrario, pensaba
en Julia cuando soñaba.
ENR. ¿Y despertaste?
JUAN. Sí á fé.
¡Pero de un modo tan raro!..
Estaban las dos aquí...
me hace entrar Julia.
ENR. ¡Hola!
JUAN. Sí.
Entro con algun reparo,
y de buenas á primeras
me dice que comprometo
á Pilar con mi secreto...
que hay quien lo toma de veras...
que mis ojos me han vendido,
que soy intrépido, audaz,
que deje á la pobre en paz
por ella y por el marido!... (Muy marcado.)
¡Á mí! ¡yo!...
ENR. ¿Y á tí la viuda (Sorprendido.)
todo eso te dijo?
JUAN. Pues.

ENR. ¿En voz alta?
JUAN. Sí; ¿qué ves?
ENR. (Esto de carácter muda.)
JUAN. Que la pierde mi cinismo...
que yo no la comprometa.
ENR. (¡Claro! le han hecho estafeta (Con seguridad.)
sin que lo conozca él mismo.
Y todo eso... dicho así
para que él lo cuente, para
darme á entender, ¡cosa clara,
viene dirigido á mí!) (Con certeza.)
JUAN. ¿Qué piensas?
ENR. Pienso... (Yo soy
el que aventuré miradas,
suspiros, frases cortadas.)
JUAN. Conque lo dicho, me voy.
ENR. No, Juan, espera. (¡Eso es! (Reflexionando.)
y quiere que este inocente
á los demas desoriente,
para que libres despues...
¡Oh! la mujer cómo trunca
el lazo que la hace esclava...
ya conocí que me amaba...
¡yo no me equivoco nunca!
Entendido. Pues, señor,
ella lo quiere y lo haré.
¡Pobre chico, con qué fé
viene á ser su embajador!)
Juan, ¿quieres dejar la pista
(Con fingido interés.)
y que con pullas te quemen!
¡Conque dicen que te temen
y á perder vas tu conquista?
JUAN. ¡Yo!... pero, hombre, si yo no...
ENR. ¡Pues no comprendes, maldito,
que ser necio es un delito
que ninguna perdonó!
La mujer debe decir:
«¡huya usted de mi presencia!»
y el hombre con su experiencia
sus palabras traducir.
«Te odio...» es decir, «por tí lloro.»

«Huyo,» es decir, «siguemé.»
«Suelta,» es decir, «cogemé;»
y «vete,» es decir, «te adoro.»

JUAN. Conque...

ENR. Si ser hombre quieres
(Muy marcado.)
y empezar á ver el mundo,
haz un estudio profundo,
eterno de las mujeres,
y ellas con su veleidad
y su genio incomprensible,
te darán esta infalible
y fija seguridad. (Con aplomo.)

JUAN. Es decir...

ENR. ¡Que es tuya!

JUAN. ¿Y él?

ENR. En el mundo, cuando hay lodos,
no llueve á gusto de todos;
que lleve chanclos.

JUAN. ¡Cruel!

ENR. Si él estuviera en tu caso
lo mismo haría contigo.

JUAN. Es amigo.

ENR. Si es amigo
con eso sales del paso.
Á otro engañarías, pero
si un amigo se interpone,
y Dios así lo dispone,
el amigo es el primero.

JUAN. Yo amo á Julia.

ENR. Que tu intriga
Julia entienda con Pilar,
y solo sabrá pensar
en arrancarte á su amiga.

JUAN. Esas ideas crueles
dejan mi conciencia herida.

ENR. La comedia de la vida
sólo tiene dos papeles,
ó engañador ó engañado:
yo que el primero he elegido,
siempre á mi gusto he vivido.
Aprende, ya te he enseñado.

JUAN. ¡Oh!
ENR. Julia viene.
JUAN. Me voy.
ENR. Vete. (Con ella hablaré,
y pronto adivinaré
la posicion en que estoy.)
JUAN. Nada le digas, no crea
que yo te vine á contar... (Se va por el foro.)
ENR. Puedes irte sin temblar.
(¡Más que yo hablarme desea!)

ESCENA X.

JULIA, ENRIQUE. Sale la primera por la izquierda y se dirige á un espejo.

JULIA. (¡El otro!)
ENR. ¿Está usted dispuesta
para ir al baño?
JULIA. Sí tal.
ENR. ¡Oh venturoso el cristal!
(Acercándose; pausa.)
¡Qué! ¿no merezco respuesta?
JULIA. Si es tan mala la mujer
¿por qué envidia usté á las olas
que pueden mirarla á solas
tanto tiempo á su placer?
ENR. Todo hombre debe envidiarlas,
pues á solas logran verlas;
una cosa es conocerlas
y otra cosa es no mirarlas.
JULIA. ¿Usted no nos odia?
ENR. ¡Yo!
las temo, todo lo más...
pero yo odiarlas! ¡jamás!
JULIA. La opinion se reformó... (Sonriendo.)
ENR. La mia existe en la historia;
no hay mujer, aunque le asombre,
de que no debiera el hombre
guardar funesta memoria.
Mas si Dios que las formó

tanto encanto supo darlas,
¿qué han de hacer sino adorarlas
los hombres, y entre ellos yo!

JULIA. ¡Gracias! por lo que á mí toca.

ENR. ¿Y usted está más humana?

JULIA. No tal, desde esta mañana,
más obstinada, ó más loca.

ENR. ¡Sí!

JULIA. No hay un hombre siquiera
que al mirar á una mujer,
no intente comprometer
su ventura verdadera.
Á todas pasan revista,
esta no quiero, á esta escojo,
y nos tratan á su antojo
como tierra de conquista.

ENR. (¡Hola! por Pilar lo dice.)
Pero cuando el corazon
víctima de una pasion
nuestra cabeza esclavice,
¿cómo callar y encerrar
el amor á una mujer?

JULIA. Aun así suele el deber
lo mejor aconsejar.
Yo que en pasiones no creo,
al ménos de tal valía,
hombre honrado, encerraría
á mi indómito deseo.
La propiedad, no me arguya,
que ajena no es cosa buena,
el que respeta la ajena
respetar hace la suya.

ENR. (¡Otra embajadora!) Yo
por eso soy propietario
de tierras y numerario,
de géneros libres, no!

JULIA. Puede usted serlo y pagar
entonces culpas pasadas.

ENR. ¡Sé todas las emboscadas
(Con petulante seguridad.)
y me sabría guardar!

JULIA. Creo que no puede ser,

y usted lo dijo ayer tarde,
como ella bien no se guarde
el guardar á una mujer.

ENR. Cierto.

JULIA. Entónces por si acaso
usted la tiene algun dia,
don Enrique, convendría
que me hiciera á mí más caso.
Mi experiencia...

ENR. Yo tambien
la tengo y no me faltó.

JULIA. El consejo concluyó.

ENR. Como usted guste.

JULIA. ¿Estoy bien?
(Mudando de conversacion y bajando al proscenio.)

ENR. Encantadora, y así
pronto hallará nuevo dueño.

JULIA. Tengo en no casarme empeño.

ENR. Mucho lo siento por mí.

JULIA. ¿Por usted? ¡De mi pasada
vida con su condicion,
me daría otra edicion
corregida y aumentada!
Ya basta para tormento.
Ni usted ni otro, y no es agravio...

ENR. De consejo muda el sabio.

JULIA. Yo tengo poco talento.

ENR. No; pero usted aún ignora
lo que es amar, ser querida,
del encanto de la vida
disfrutar hora tras hora;
verse atendida, adorada,
amar con sinceridad
á un marido de su edad,
mas ya se ve, usted casada
con un viejo; ¡qué demonio!
siempre enfermo, siempre grave...
usted, señora, no sabe
á qué sabe el matrimonio.

JULIA. No quiero saberlo ya.
Si él me hacía venturosa,
yo por ser leal esposa

tambien sufriera quizá.

ENR. ¿Por quién?

JULIA. ¡Por ustedes!...

ENR. ¡Oh!

JULIA. Por ustedes; ven á mil
de las cuales ni el perfil
siquiera les agradó.
Encuentran grande su pié...
juzgan adusto su ceño,
y apenas son de otro dueño
las hallan ya *un no sé qué* ..
que nadie sabe, yo sí,
ese *no sé qué* tan tuno...
es que como son de alguno
las quieren ya para sí. (Pausa.)

ENR. (¡Otra indirecta!... Será
envidia ó defensa?... á ver.)
Muchas veces sin querer
el hombre malo será.
Pero eso á veces consiste
en encontrar por desgracia
una que á nuestra eficacia
como debe no resiste.
El hombre es frágil...

JULIA. Sí á fé.

ENR. La mujer es frágil.

JULIA. Sí.
Por eso casada fuí,
y viuda siempre seré.

ENR. Es mejor... (Con intencion.)

JULIA. Tarda Pilar.
(Cambiando de conversacion.)

ENR. (No quiere oirme. ¡No es ella!)

PILAR. Ya estoy.
(Saliendo por la izquierda.)

ENR. (Con despecho.) (¡Es mucho más bella!
Si esta no me deja hablar...)

ESCENA XI.

DICHOS, PILAR.

PILAR. ¡Ay! (Dejando caer el pañuelo al ver á Enrique.)
ENR. (¡El pañuelo! Despues...)
(Ap. á Pilar al dársele.)
PILAR. (¿Qué es esto?) (Sorprendida y turbada.)
JULIA. (Observándola.) ¿Qué tienes?
PILAR. (Con fingida calma.) ¡Yo!...
ENR. (Era seña y me entendió.)
MIGUEL. ¿Estamos ya? (Saliendo por la izquierda.)
PILAR. (Acercándose á Miguel.) ¡Ya lo ves!

ESCENA XII.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. (¿Qué hay?) (Ap. á Enrique con ansiedad.)
ENR. (Con misterio.) (¡Se va lejos de aquí!)
MIGUEL. (¡Gracias! Puedo respirar...)
(Con alegría. Se le ocurre una idea, y dice de pronto con decision.)
¡Enrique... el brazo á Pilar!
PILAR. ¡No! (Con temor.)
ENR. ¿Para qué estoy yo aquí? (Apresurándose.)
MIGUEL. No soy yo de esos celosos (Con intencion.)
que sin motivo profundo...
sospechan de todo el mundo
cansados y cavilosos.
Yo confio en mi mujer,
y soy así hombre galante,
(Ofreciendo el brazo á Julia.)
tengo experiencia bastante...
y la doy á conocer...
JULIA. Cierto, si él tiene experiencia. (Á Pilar.)
PILAR. Pero...
ENR. (¡Tiembla y me electriza;
el marido me autoriza!)
MIGUEL. (¿Qué tal?) (Ap. á Julia.)
JULIA. (Con ironía.) (¡Oh, muy bien!)

PILAR. (Mirando á Miguel) (¡Paciencia!)
MIGUEL. ¡Oh, y esta noche al teatro! (Muy alegre.)
JULIA. (No me caso.) (Con decision.)
PILAR. (Con sarcasmo.) (De los dos...)
ENR. (¡Me adora!) (Ap. con seguridad.)
MIGUEL. ¡Gracias á Dios
que vamos solos los cuatro!
(Vánse por el foro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, PILAR, JULIA. Aparecen; el primero de pié, las segundas sentadas.

MIGUEL. Nunca he dormido mejor;
nunca almorcé con más gana,
ni jamás pasé en Valencia
una noche menos larga.
JULIA. Y de esa alegría... vamos,
¿se puede saber la causa?
MIGUEL. No sé; cierto bienestar; (Con expansion.)
cierta alegre confianza,
que siente el enfermo al ver
que su enfermedad se acaba.
JULIA. ¿Estaba usted malo?
MIGUEL. Casi... (Con intencion.)
predispuesto á estarlo.
JULIA. ¡Vaya!
se cura usted en salud. (Sonriendo.)
MIGUEL. Así es la cura más rápida.
JULIA. Cierto.
MIGUEL. De este modo pruebo
que no soy lo que se llama
un enfermo de aprension...

que mi mal tenía causa,
y que esta desaparece,
y soy otro hombre,

JULIA. Usted narra (Con ironía.)
de una manera que obliga
á la franqueza. Tú, habla, (Á Pilar.)
¿qué dices de tu marido?

PILAR. ¡Que estoy aturdida!

MIGUEL. Acaba.

PILAR. Nada más.

MIGUEL. Yo acabaré.
Es tu amiga de la infancia
Julia, y ya le habrás descrito
mi carácter y mis faltas
con todos sus pormenores
y todas sus circunstancias.

PILAR. Yo... (Turbada.)

JULIA. No tal. (Con rapidez.)

MIGUEL. Soy perro viejo
y rara vez se me engaña.
Estamos, pues, en familia
y puedo hablar. Si te daba (Á Pilar.)
celos, sí como hombre honrado
por tu amor vivía en ascuas,
era con razon; no digo (Movimiento de Pilar.)
que por tí, pero rondaban...
¿no es verdad? ya no hay peligro;
ya no volverá á esta casa
el seductor avezado,
con su carita de pascua,
y ya tu marido vuelve
¡por ahora á vivir en calma!

JULIA. ¡Sea en hora buena!

MIGUEL. ¡La vida (Con alegría)
es hermosa cuando se ama
á una mujer como tú,
y á un amigo como Vargas!

JULIA. Don Enrique... (Con intencion.)

MIGUEL. Ciertamente. (Con naturalidad.)

JULIA. Tiene ideas elevadas.

MIGUEL. ¿Á que de él no tengo celos? (Con aplomo.)

JULIA. ¡Claro!

PILAR. ¡Es natural!
MIGUEL. La práctica
de la vida vale mucho;
cuando yo digo, aquí hay mácula,
la hay, como la hubo en Juanito;
cuando descanso no hay nada.
Mi confesion ya está hecha,
soy feliz: voy á la playa
á dar una vuelta. Adios: (Á entrambas.)
si viene Enrique, que en casa
me aguarde, yo vengo pronto.
(¡Las dejo hechas dos estátuas!)
(Sale por el foro.)

ESCENA II.

JULIA, PILAR.

JULIA. Señor, ¡oh! tú que castigas
(Mirando al cielo.)
sin palo ni piedra, ¿gracias!
PILAR. Pero, Julia, ¿no ves esto?
JULIA. Sí, hija mia, hay una sábia
providencia que reparte
castigos segun las faltas.
Al celoso que persigue
á su esposa siendo honrada,
le pone una venda cuando
ménos la necesitaba;
al sabio, siempre seguro
de su talento, depara
un necio que le confunde
con una pregunta sándia,
y á todo el que alardes hace
de que ninguno le engaña,
le da en su ciencia teórica
una leccioncita práctica.
PILAR. ¿Y qué hacemos?
JULIA. Lo que él mismo
ha dispuesto. Tu venganza.
Si á Juan hicimos creer
que tú á su vista temblabas,

era para que los celos
de Miguel le precisaran
á equivocarse y cantar
la palinodia mañana.
Pero ya que él celos tuvo
de un inocente sin causa,
y al seductor verdadero
sus brazos abre y su casa,
él mismo nos da imprudente
con su ciega confianza,
la prueba de que un celoso
es el que mejor se engaña.

PILAR. ¡Y qué descaro el de Enrique!
cómo su amor me pintaba
ayer, y con qué entusiasmo,
de mi marido en las barbas!

JULIA. Y Miguel se reiría
de seguro.

PILAR. Ni pensaba
en nosotros; por supuesto (Con entereza.)
que yo no quiero que vayas
á prolongar este lance;
yo no quiero oirle.

JULIA. Calla,
y déjame hacer. El otro
está en Madrid. (Con seguridad.)

PILAR. ¡Juan!

JULIA. ¡Te extraña!
á mí no; anoche ha salido.

PILAR. ¿Te lo han dicho?

JULIA. No hace falta;
yo le conozco, al mirarse
héroe de una historia rara,
en vez de hablar, ha tomado
su billete; llegó á Almansa
á las tres, y ahora en Madrid
hace su triunfal entrada.

JUAN. Señoras... (Apareciendo por el foro.)

JULIA. (Sorprendida.) ¡Eh!

PILAR. ¡El viajero!
(¡Hija, tambien tú te engañas!)
(Ap. á Julia con rapidez.)

ESCENA III.

PILAR, JULIA, JUAN.

JULIA. ¿Usted aquí?
JUAN. ¡Me parece!
JULIA. Extraña visita.
JUAN. Extraña,
pero precisa.
JULIA. ¡Usted sabe
á lo que se expone! (Con fingida ansiedad.)
JUAN. Nada
me detiene, cuando cumplo
con un deber; yo...
JULIA. Turbada
está mi amiga, y...
JUAN. Celebro
que esté con usted; mi escasa
costumbre de hablar á solas
con señoras, me coarta
un poco; pero teniendo
usted en cuenta mi audacia, (Con ironia.)
la hará compañía, y yo
mediré más mis palabras.
JULIA. (¡Hola!)
PILAR. (Ap. á Julia.)
(¿Qué es esto?)
JULIA. (Ap, á Pilar.) (Esto es dar
al maestro cuchillada.)
JUAN. Ayer pudo la sorpresa
aturdirme; reclamaban
ustedes que yo partiera
por el honor de esta casa,
á mis ojos acusando
de faltas imaginarias;
y yo confundido, apenas
pude articular palabra.
La noche, que es consejera
siempre desinteresada,
en tachar de cobardía
mi huida se empeña sábia.

Si hay peligro, y si álguien quiere
que mi voz le satisfaga,
que yo responda es preciso
ántes que por mí lo hagan.
Que si tímido y cobarde
siempre he sido con las damas,
nunca he temido de un hombre
las razones ni las armas.
Sí, como hoy creo, sus frases
eran un juego, una chanza,
no de tímido, de tonto
mi huida me acreditara;
y á quien peca de lo uno,
pecar más no le hace gracia.
Pero, por si eran veraces
sus temores; por si hablaban
segun su juicio, acusándome
de intenciones poco santas,
á usted, que era la ofendida, (Á Pilar.)
mi voz se dirige hoy franca.
Jamás hasta hoy me he atrevido,
contra lo que aquí se alaba,
se acostumbra y se prefiere,
á dirigir mis miradas
con intenciones hostiles
á la que honra ajena guarda.
Propiedad que tiene dueño
respeto y temor me causa;
si á usted por bella la admiro,
la respeto por casada.
Y como jamás mis labios
á sus dudas dieron causa,
de usted misma exijo ahora
que las mias satisfaga.

PILAR. Tiene usted razon, y nunca
he dicho yo...

JULIA. (¡Qué haces?) Vaya...
sorprendido por nosotras (Con volubilidad.)
quiere usted variar de táctica!

JUAN. No, señora; mal podría
pensar en Pilar, el alma
que hace tiempo, por desdicha,

piensa en otra. (Con timidez y marcadamente.)

JULIA. ¿Ah!

JUAN. Y me hace falta
de Pilar la confesion,
como premio de constancia.

PILAR. Cierto, usted dispense; aquello
fué una broma, aunque pesada,
de dos amigas, que sienten
que de veras la tomara.
Ni usted me ha querido nunca,
ni con hechos ni palabras
faltó á la que es de un amigo
prenda, como tal sagrada.
Usted lo suplica humilde,
yo lo proclamo en voz alta...
y aquel que tenga la culpa
(Mirando á Julia.)
que confiese á usted sus faltas.
(Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

JULIA, JUAN.

JULIA. (¡Pues me ha dejado lucida;
haga usted favores!)

JUAN. Basta
con lo que ha dicho, y no creo
que dude usted.

JULIA. No pensaba... (Disculpándose.)
me habían dicho...

JUAN. Señora,
si aquel que de mí la hablara
fuera franco, le diría
que... (¡Maldito genio!) (Cortándose.)

JULIA. Vaya,
hable usted.

JUAN. (Es cuestion de honra...
y yo me lanzo!) Si hay tantas (Con decision.)
mujeres que de los hombres
por atrevidos mal hablan,
la culpa tienen aquellas

que con sonrisa sarcástica
de los tímidos se burlan
y á los buenos acobardan.

JULIA. Vamos, usted se ha propuesto
dar hoy lecciones ex-cátedra.

JUAN. Julia, si yo á usted quería
ya el año pasado, y tanta
era mi pasion, que un nudo
de amor mi lengua embargaba;
si casada aún, apenas
me atrevía ni á mirarla;
si huí de allí por honrado...
¿por qué de mí se burlaba?
¿Por qué hoy que la miro libre,
en vez de premiar mis ansias
y de alentar mi cariño
con su misma confianza,
me hace blanco de una burla
no sé con qué fin fraguada?
¿Es eso noble? ¿eso es justo?

JULIA. Creo que tiene usted gana
de hablar cuanto se ha callado
en toda su vida.

JUAN. Tanta
es mi razon, que usted misma
me la da con sus palabras.
Sí; yo la amo á usted: á Enrique,
(Con un esfuerzo.)
que es sin duda el que aquí trata
de embrollarnos, se lo he dicho
ántes de verla; si lástima
le inspira el que tanto tiempo
un puro cariño guarda,
crea en él, ya que no premia
sus sufrimientos ingrata.
Tal vez no vuelva á atreverme
jamás; pero si hoy se lanza
mi corazon, es preciso
que le escuchen cuando habla.

JULIA. ¿Hago otra cosa? (Sonriendo.)

JUAN. ¿Por qué
fuí yo blanco de su saña?

¿Por qué de mí se burlaron
ustedes ayer?

JULIA. Dudaba (Inventando.)
Pilar que usted me quisiera...
y yo inventé aquella fábula
para probar su cariño.

JUAN. ¿Y está usted desengañada?

JULIA. Sí.

JUAN. Pues entónces veamos... (Acercándose.)
un buen movimiento, vaya!...
sí?

JULIA. ¡Pero qué? (Mirándole.)

JUAN. ¿Usted me quiere?

JULIA. Yo no quisiera... (Disculpándose.)

JUAN. No me ama,
ya lo sé: pero ¿permite
que yo?...

JULIA. ¿Y para qué? (Evitando contestar.)

JUAN. ¡Caramba!
para lo que... para... en fin,
para algo será!...

JULIA. ¡Mil gracias!
pero no quiero casarme
otra vez; fuí desdichada
en mi matrimonio, y temo
repetir mi historia aciaga.

JUAN. Sola y libre, rica y bella,
se verá usted asediada
de tal modo, que, de fijo,
por no atormentar su alma,
elegirá usted á alguno;
pues bien, la suerte está echada,
elíjame usted á mí
y todo se queda en casa.

JULIA. Yo agradezco; pero...,

JUAN. Vamos...
si usted se unió por desgracia
á un marido calavera,
seductor, audaz, ¿no manda
la experiencia que busque otro
de buen juicio y buena pasta?
Pues yo lo seré; mi vida (Con pasion.)

emplearé en adorarla,
y en resarcir su pasado
con un porvenir de calma.
Mandará usted en mí siempre,
á una voz, á una mirada;
estaré en casa metido
si usted no quiere que salga;
ántes de mirar á otra
en mis ojos pondré ascuas,
y la amaré tanto y tanto
con tales pruebas y tantas,
que de haberme hecho su esposo
me va á dar usted las gracias.

JULIA. El lance es serio; y si fueran
verdaderas sus palabras... (Con sinceridad.)
Pero ¿de mí qué dirán? (Conteniéndose.)
yo he dicho que renunciaba
al matrimonio, fundando
en la experiencia mi táctica.
No, Juanito, usted dispense,
esas promesas me halagan
á mí, que no fuí querida
de ese modo; pero basta
que haya dicho...

JUAN. ¿Usted se hace
de su propio juicio esclava?
pues yo esperaré... más tarde...
en Madrid, cuando no haya
quien pueda hablar, nos casamos.

JULIA. ¡Qué tenacidad!

JUAN. Hoy basta
con dejarme que la quiera.

JULIA. Eso...

JUAN. Y tambien por venganza
debe usted hacerlo.

JULIA. ¿Cómo?

JUAN. ¡Sí! Hay un fátuo, Enrique, que anda
diciendo que si él quisiera
hoy con usted se casaba!

JULIA. ¡Sí, eh!

JUAN. ¡Pues! (Ellos me enseñan,
conque...)

JULIA. Pues si tanto me ama
espere; yo haré de modo
que ese necio... (¡No faltaba
otra cosa! Á Pilarcita
y á mi! pues una le aguarda
cuando don Miguel lo sepa...)
JUAN Quedamos...
JULIA. En que las altas
fortalezas no se rinden
sino cuando bien se asaltan...
(Este chico haría un marido
(Mirándole de reojo.)
modelo.)
JUAN. (Si yo triunfara
ya pagarían la burla
la viudita y la casada.)
¡Soy feliz!
(Queriendo coger la mano á Julia y conteniéndose.)
MIGUEL. Julia... ¿qué miro?
(Entra y al ver á Juan se sorprende.)
JUAN. Don Miguel... (Saludando.)
MIGUEL. (¡Aún en mi casa!)

ESCENA V.

D. MIGUEL, JULIA, JUAN.

JULIA. (¡Tiene celos!) (Ap. á Juan.)
MIGUEL. ¿Y Pilar? (Con desconfianza.)
JULIA. Cuando ha venido el señor
se ha retirado.
MIGUEL. Mejor.
(¡Ya volvemos á empezar!)
Creí que usted se marchaba.
(Mirando á Juan fijamente.)
JUAN. ¿Lo han dicho?
MIGUEL. Y era muy justo.
JUAN. Pues evito ese disgusto
al que mi bien deseaba.
MIGUEL. ¡Ah! (¡Qué descaro! ¡esto es grande!
y no poderle decir..,
fuera absurdo: hay que sufrir

que el seductor se desmande!)

JUAN. Tenía tanto interés
en permanecer aquí, (Mirando á Julia.)
que me es imposible.

MIGUEL. ¿Sí?... (Con sarcasmo.)
(¿Lo quiero más claro?)

JUAN. Eso es.

MIGUEL. Pues, señor, usted hará
lo que mejor le convenga,
pero es fuerza que se atenga
á todo.

JUAN. Lo he visto ya.
Y á usted, que es amigo fiel,
le suplico que interceda
en aquello que hacer pueda
con quien me escucha cruel.

MIGUEL. ¿Conque quiere usted que yo?...
(¡Yo no he visto cosa igual!
¡qué cinismo! ¡y qué animal
es un marido, yo no!)

JUAN. Adios. Usted reflexione, (Á Julia.)
y usted ayude á mi empresa; (Á Miguel.)
si hace lo que me interesa,
gracias, y Dios le perdone.

ESCENA VI.

MIGUEL, JULIA, que sonrie.

MIGUEL. Usted se rie?

JULIA. Me rio,
porque da miedo esa cara.

MIGUEL. ¡Y se casa un hombre para
verse en trance tan impío!
Ese hombre es un desalmado,
y merece una respuesta.

JULIA. Es que ese hombre manifiesta
que está usted equivocado.

MIGUEL. ¿Qué?

JULIA. Que tiene una mujer
más honrada que merece,
y que ese hombre no parece

tan tímido como ayer.

MIGUEL. Sí, la máscara se quita
como todo ser abyecto,
cuando para su proyecto
guardarla no necesita.

JULIA. Con él injustos han sido
todos los que le han culpado,
y al encontrarse acusado
el pobre se ha defendido.

MIGUEL. ¿Tambien usted con placer
se levanta contra mí?
Ya sólo falta que aquí
le defienda mi mujer.

JULIA. Justo, y le defenderá.

MIGUEL. Y yo le rompo el bautismo,
para que no haga lo mismo
con ningun marido.

JULIA. ¡Bah!

MIGUEL. ¡No me brinden la ocasion!...
(Con ira reconcentrada.)

JULIA. Don Miguel, el que del mundo
tiene un estudio profundo,
no hace nada sin razon.
Es malo dar campanadas
sin que la calma aconseje,
y hay un santo que protege
á las mujeres honradas,
poniendo siempre una venda
en los ojos del marido (Con intencion.)
que sin causa injusto ha sido:
¡el marido que me entienda!

MIGUEL. ¡Cómo! (Sin comprender.)

JULIA. El más listo se engaña;
y si el marido se alucina
se asustará de una china,
y no verá una montaña.

MIGUEL. ¡Qué! (Asustado.)

JULIA. Que hay montaña es probado;
que hubo china puede ser;
mire usted por su mujer,
que bastante me he explicado.
(Se va por la derecha.)

ESCENA VII.

MIGUEL.

¡Pero oiga usted, por favor!
¿Y yo que era tan dichoso
vuelvo á verme sin reposo!
¿No es ese hombre un seductor?
¿no me dijo el otro?... sí,
y él le conoce muy bien:
¿si querrá esta que tambien
le vaya á traer aquí?
¡Cuidado, Miguel, repara
que es la mujer el demonio,
y que en cualquier matrimonio
toda broma cuesta cara!
Yo soy sagaz, aunque él ducho;
y si yo con maña voy
y le sonsaco... hoy por hoy
vale mi práctica mucho.
Sí tal, y como le coja
en un renuncio, prometo
que ha de tener más respeto
(Coge el sombrero y se dirige al foro; Enrique entra y le detiene.)
á otro marido que escoja.

ESCENA VIII.

MIGUEL, ENRIQUE.

ENR. Dónde va usted tan aprisa?
MIGUEL. ¡Ay Enrique! ¡voy á ver (Bajando al proscenio.)
lo que inventa una mujer
cuando el demonio la avisa!
ENR. Pero...
MIGUEL. ¡Usted, hombre leal
que me avisó del engaño,
juzgará por fuerza extraño
verme ayer bien y hoy tan mal,
pero es que el hombre va en pos

del más pequeño desliz;
si quiere usted ser feliz
no se case usted, por Dios.

ENR. ¡Hola! seguiré el consejo
aunque yo me le sabia.

MIGUEL. Ha vuelto y se defendia. (Con misterio.)

ENR. Pero usted es perro viejo...

MIGUEL. ¡Pues!

ENR. (Y ruedas te comulgas).

MIGUEL. Pero aunque tengan un plan,
á perro viejo...

ENR. El refran
lo dice (todas son pulgas.)

MIGUEL. Adios; usted que ve más
espie... observe...

ENR. Lo haré
y luégo lo contaré.

MIGUEL. No se case usted. (Con gravedad cómica.)

ENR. ¡Jamás!

ESCENA IX.

ENRIQUE.

¿Qué le habrán dicho en rigor
y por qué habrá vuelto aquel?
¡Qué ridículo papel
el de un marido, señor!
Abreviaremos mi plan
ya que el marido se exalta,
por si del todo me falta
la necia ayuda de Juan...
Ya la dije lo bastante,
y ella que está aburrida
de esos celos y esta vida,
no rechazará un amante.
(Julia aparece en la derecha.)
Ella es; siga pues mi audacia;
póngala bien en el potro,
y ántes de que venga otro
demos el golpe de gracia.

ESCENA X.

PILAR, ENRIQUE.

PILAR. Sin duda en su busca ha ido.
(Mirando al foro sin ver á Enrique.)
ENR. ¡Oh! Pilar. (Saludando.)
PILAR. (¡Este hombre aquí!) (Con enojo.)
ENR. ¿Por quién se interesa así?
PILAR. Yo buscaba á mi marido.
ENR. Ahora sale, más celoso
que nunca y más insufrible.
Yo no sé cómo es posible
aguantar á tal esposo.
PILAR. ¿Qué?
ENR. Si yo fuera mujer
vivir no podría en paz;
á un hombre tan suspicaz
castigarle es un deber.
PILAR. ¡Usted piensa! (Con ironia.)
ENR. ¿Cómo no?
¿qué disculpa puede haber
con un ángel por mujer
para tal infamia? ¡oh!
Y hay en cambio quien adora
y sufre, y envidia y pena,
y usted tan buena y tan buena!...
PILAR. Ya no lo soy desde ahora. (Interrumpiéndole.)
ENR. ¡Oh! ¡Cielos, será verdad! (Con alegría.)
PILAR. Sí, ya no quiero sufrir...
ENR. ¡Bien hecho! se llega á herir
nuestra propia dignidad.
PILAR. ¡Cierto! (Con intencion.)
ENR. Y estando aquí yo.
PILAR. Urge el tiempo...
ENR. Creo que sí...
(Vaya, está muerta por mí,
la fortaleza cayó.)
PILAR. Como usted dice muy bien,
ya la dignidad se ofende
de ver que un hombre no entiende

lo que es amor ó desden.

ENR. Justo.

PILAR. Hay hombres que aprovechan
todas las faltas que notan,
y que la amistad explotan
mientras al amigo estrechan.

ENR. ¡Eh! (Sorprendido.)

PILAR. Hombres que tienen á gala
sin remordimiento ó pena,
de una esposa casi buena
hacer una mujer mala;
mas con la buena no hay modo
de llegarla á pervertir,
si con tiempo sabe huir
de esos que lo intentan todo.

ENR. ¡Ah!

PILAR. No hay extraños afectos;
y la que honrada ha nacido,
debe amar en su marido
hasta sus propios defectos.

ENR. Yo... (Disculpándose.)

PILAL. Mi esposo es singular;
pero como así me place,
si él respetar nó se hace,
debo hacerle respetar.

ENR. Señora...

PILAR. Á usted se lo cuento,
pues sé, y en usted me fundo,
que es todo un hombre de mundo
y tiene mucho talento.
¿Qué pierdo en mi confesion?
¡un seductor ó un amante!
usted que es hombre galante
dirá si tengo razon;
y si hubiera un atrevido
que profanara este templo,
usted, siguiendo mi ejemplo,
defenderá á mi marido.
(Saluda y se dirige á la derecha.)

ESCENA X.

DICHOS, JULIA, por la derecha.

JULIA. ¿Dónde estás? ¡ah! (Dirigiéndose á Pilar.)
ENR. (Pues señor, (Aturdido.)
la leccion ha sido fuerte!
¿pero cambiar de esta suerte,
darme un chasco á lo mejor!)
JULIA. (Sí, que se quiere casar... (Ap. á Pilar.)
que desde entónces me adora.)
ENR. (Se lo está contando ahora!
y ambas se van á burlar.
Y yo caí en el enredo
creyendo amor su temblor...
y en vez de temblar de amor
sólo temblaba de miedo.)
JULIA. (Bien hecho, pues yo tambien
voy á ajustarle una cuenta...
vete.)
(Á Pilar sonriendo; Enrique las observa.)
ENR. (¡Venganza cruenta!)
PILAR. (Que Dios te proteja.)
JULIA. (Amen.)
ENR. (Y Julia no la acompaña,
(Examinando á Julia.)
ni el cuento la dió alegría...
¡Esta es la que me quería!... (De repente.)
¡lo que es ahora no me engaña!)

ESCENA XI.

JULIA, ENRIQUE.

JULIA. Don Enrique, sucedió
lo que yo pronostiqué.
Pilar ha hablado...
ENR. Sí á fé;
¿pero qué me importa?
JULIA. ¡No!
ENR. No, señora; yo sabía (Con aplomo.)
que Pilar no era mujer

que faltase á su deber.
Y si la córte le hacía
era sólo por despecho.

JULIA. ¿De quién?

ENR. ¿Fuerza es que me explique?

JULIA. No lo entiendo, don Enrique. (Sonriendo.)

ENR. ¿No? Pues mire usted mi pecho...

JULIA. ¡No veo... con la levita!...

ENR. ¿Usted no quiere mirar?...
Quien su ingenio singular
tiene, más no necesita.

JULIA. Hable usted claro.

ENR. Lo haré. (Pausa.)
En crítica situacion
estaba mi corazon
cuando á ver á usted llegué.
Cansado sin duda alguna
de esta vida aventurera,
iba buscando á cualquiera
sin encontrar á ninguna.
¡Pensaba en casarme, pues!
Tanto he visto de soltero,
que cambiar un poco quiero,
aunque me pese despues.
Yo sé que usted no se aviene
á esa vida tan molesta;
pero dije al verla: «esta,
esta es la que me conviene.»
Y tanto cesó mi afán
por la que hoy me ha rechazado,
que esa conquista he dejado
hace tiempo para Juan.
Llega usted, y mientras yo
quedé en sus encantos preso,
de los hombres el proceso
de faltas enumeró.
Juró no casarse más,
y me dijo: «esta mujer
»no puede compadecer
»la situacion en que estás.
»Vas á ser su hazme-reir,
»pierdes el tiempo y el juicio:

»hagamos el sacrificio
»de amar á otra, ¡y vivir!
»Tal vez si ella entiende bien
»que yo la quiero ante Dios,
»hagamos aquí los dos
»el desden con el desden.»
Y á Pilar amor fingí
y á usted apenas miré,
y mi pasion encerré
y mi proyecto escondí.—
Esta es la historia fatal
que su compasion merece:—
ya lo he dicho... me parece
que no me he explicado mal.

JULIA. ¿Conque usted me quiere?

ENR. Cierto.

JULIA. ¿Y es de veras?

ENR. (¡Capitula!)
¡Siendo tan bella!...

JULIA. ¡Me adula!
Mi corazon inexperto
teme, y yo lo siento mucho...
¡pero fuí tan desgraciada!

ENR. (Mi venganza está lograda.)
Vamos, Julia, nada escucho:
yo la amo; y en conclusion,
¿qué hace usted viuda, señora?

JULIA. ¿Y cómo les digo ahora (Con fingida sinceridad.)
que he cambiado de opinion?

ENR. Haga usted de calma acopio.

JULIA. Yo á los hombres hice agravio.

ENR. De consejo muda el sabio.

JULIA. (¡Yo curaré tu amor propio!)
Si usted fuera bueno...

ENR. Más
que ningun hombre lo ha sido.

JULIA. No casarme he decidido,
¡y cómo me vuelvo atrás!
Yo, francamente, lo siento,
pero si usted encontrara...

ENR. Mire usted, con esa cara (Con aplomo.)
no se entra en ningun convento.

Los hombres son el demonio;
si de ellos se ha de librar
tiene usted que apechugar
con el santo matrimonio.
Cunde la mala doctrina,
raro es el hombre que entra...
sepa usted que hoy no se encuentra
un marido en cada esquina.
Yo tengo hecha la intencion,
decídase usted al fin
y vamos á San Martin
por la santa bendicion.

JULIA. Hace un año que enviudé.

ENR. Pues, hija, la fecha es grave;
si usted vivir así sabe,
yo, francamente, no sé.
Y un año puede pasar,
pero dos, y tres y veinte...
vamos, usted se arrepiente
sin poderlo remediar.
¿Dice usted que sí?

JULIA. Querría,
pero más tarde, ahora no.

ENR. Cuando quiera, aquí estoy yo,
pero pronto.

JULIA. Bien.

ENR. (¡Ya es mia!)
Vamos á vivir los dos
como casados modelo,
de la tierra haciendo un cielo...

JULIA. Viene gente, adios.

ENR. Adios. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

ENRIQUE, MIGUEL, JUAN, por el foro.

ENR. (¡Ah! ¡Pilarcita! y Miguel
que viene con Juan allí (Mirando al foro.)
tal vez á buscar en mí
pruebas de que le engañé.
Necios! ella me quería,

y mi confesion buscaba,
y yo que me equivocaba,
¡y tan cerca la tenía!
Cómo me voy á reir.)

MIGUEL. Él es. (En voz alta.)

JUAN. ¡Hombre! ¿dónde estás?

ENR. Yo no me escondo jamás;
aqui... viéndoles venir.

MIGUEL. Enrique es un buen amigo,
y cumple con un encargo...

ENR. Ciertamente, y sin embargo,
nada ó muy poco consigo.
Usted más feliz que yo
logró las paces hacer
con Juanito!

MIGUEL. Puede ser;
yo le obligué, él se explicó
y probarme me promete
que yo he sido un visionario.

ENR. Bien, es digno y necesario.
(Dando la mano á Juan.)
(¡El marido está en un brete!)

MIGUEL. (¡Ese aplomo, vive Dios
que uno me quiere burlar,
y es forzoso averiguar
cuál me engaña de los dos.)

ENR. ¡Qué diantre! era una locura
que ustedes no se entendieran
y por tan poco riñeran;
la cordura es la cordura;
y un buen marido es forzoso
que no sea susceptible...

JUAN. Es que yo...

MIGUEL. (¡Será posible (Mirando á Enrique.)
que me engañé!)

JUAN. Con reposo
debe un marido juzgar
las intenciones ajenas!
y no vivir entre penas.

MIGUEL. (Lenguaje más singular!
De quién fiarme no sé.)
(Usted me ha dicho y jurado...) (Ap. á Juan.)

JUAN. (Que siempre he sido hombre honrado
y yo se lo probaré.)
MIGUEL. (Ese hombre...)
JUAN. (Habla con despecho.)
ENR. (Yo ya he salido del paso;
bueno es sembrar por si acaso
desconfianza en su pecho.)
Yo dudando lamentaba (Á Juan.)
tu conducta poco fiel,
pero este buen don Miguel
tanto me lo aseguraba,
que dije, pruebas tendrá.
MIGUEL. Y como es un caballero,
me ha aconsejado, y espero
que no se arrepentirá.
Gracias por su buen servicio.
(Con ironía dando la mano á Enrique.)
ENR. Yo te las doy, que me has dado (Id. á Juan.)
la ocasion que he deseado.
JUAN. No, tu tacto.
ENR. Tu buen juicio.
JUAN. Su leal desinterés (Á D. Miguel.)
premio va á tener muy pronto.
ENR. (Uno de los tres es tonto
y yo no acierto quien es.)

ESCENA XIII.

DICHOS, JULIA, PILAR, por la derecha.

MIGUEL. Ya están aquí las señoras.
PILAR. ¡Juntos!
ENR. (¡Lo que les espera!)
MIGUEL. (Con intencion en voz alta.)
La noticia es verdadera;
dentro de tres ó cuatro horas
Juan se nos marcha á Madrid,
pero solo no quiere irse
y ha venido á despedirle.
ENR. (¡Ha adivinado el ardid!)
¡Hola! ¿te vas?
JUAN. Sí, me voy.
PILAR. ¿Se va usted?

JUAN. Lo he prometido.
ENR. (No te vayas, el marido (Ap. á Juan.)
te ha vuelto á traer aquí hoy.)
(Juan se dirige á Julia, con quien habla en secreto.)
Yo tambien dejo sin pena
la vida del Cabañal.
MIGUEL. (Con extrañeza.)
¿Se va usted tambien?
ENR. Sí tal.
PILAR. Yo le doy la enhorabuena.
ENR. (Señalando á Julia.)
¿Cómo? ¡Ah! lo dice usted por...
¿sabe usted ya?...
PILAR. ¿Me han contado
que está usted enamorado!
(Habla con Julia y Juan.)
MIGUEL. ¿Sí? ¿De veras? (Conteniéndose.)
ENR. Sí, señor...
un amor que aquí ha nacido,
el único verdadero (Con intencion.)
de mi existencia, que espero
que va á ser correspondido.
JUAN. (Á Julia. ap.)
¡Oh! ¡no resista usted más!
(Forman un grupo en el foro.)
JULIA. (¿Qué dirán?)
PILAR. (Como á él te avengas,
que le amas y que te vengas
de...)
JULIA. (Si... persuasiva estás...
pero..,)
JUAN. (Premie usted mi amor
y más no me haga sufrir;
mejor le podrán mentir
mas no sentirle mejor.)
MIGUEL. ¿Y dónde está el tierno objeto? (Á Enrique.)
¿Quién es, pues, esa hermosura?
ENR. Álguien que por mi ventura
me corresponde en secreto...
PILAR. (¿Le oyes?)
JULIA. (Sí, premio y castigo.)
(Dando la mano á Juau, que la estrecha con pasion.)

JUAN. (¡Ah! gracias.)
ENR. (¿Qué pasa allí?)
usted me autoriza?... (Á Pilar.)
PILAR. (Riéndose.) Si
creo que no irá conmigo.
ENR. Pues la mujer que yo quiero,
la que ha cambiado mi vida,
la única que fué querida
en mi vida de soltero,
es...
JULIA. Siga usted.
JUAN. ¿Tú cobarde?
ENR. ¡Julia! (Despues de mirar á todos, y con orgullo.)
MIGUEL. ¡Julia! (Mirando á Juan.)
ENR. (¡Quedó frio!)
MIGUEL. Entónces... (Dirigiéndose á Juan.)
JUAN. Amigo mio,
creo que has llegado tarde.
MIGUEL. ¡Ah! (Con placer.)
ENR. ¡Cómo! (Con sorpresa.)
JUAN. Ya te conté
que hace un año la quería...
recuerda la historia mia
y la aventura del pié...
ENR. Si, mas sentimos por Dios (Señalando á Julia.)
que no te hayas explicado.
JUAN. No, si estás equivocado,
ya hemos hablado los dos...
ENR. Señora, ¿qué dice este hombre? (Á Julia.)
JULIA. La verdad, me ha enternecido,
me ha jurado y yo he cedido...
ENR. ¡Pero esto no tiene nombre! (Aturdido.)
burlarme así; á su maestro...
¡creo que basta de broma!...
MIGUEL. ¿Por qué usted así lo toma
si á usted le debe lo diestro?
ENR. Mas tú... (Á Juan,)
JUAN. (Con aplomo.) «Si ser hombre quieres
»y empezar á ver el mundo,
»haz un estudio profundo,
»eterno de las mujeres;
»ellas con su veleidad

»y su genio incomprensible,
»me han dado á mí esta infalible
»y fija seguridad.»

ENR. ¿Te burlas? (Fuera de sí.)

JUAN. Es mia. (Cogiendo la mano de Julia.)

JULIA. ¿Y él?

JUAN. ¡En el mundo cuando hay lodos
no llueve á gusto de todos,
que lleve chanclos!

JULIA. Cruel!

ENR. ¡Me darás satisfaccion!...

JULIA. Por Dios, eso es de mal gusto
(Interrumpiéndole.) en casa ajena, é injusto
es publicar la leccion!

ENR. No es lograr lo que he querido
lo que mi ira despierta;
es que ese mosquita muerta
me ha engañado y me ha ofendido.

JUAN. «Á otro engañaría, pero
»si un amigo se interpone
»y Dios así lo dispone,
»el amigo es lo primero.»

ENR. ¡Juan!

MIGUEL. Usted, hombre de mundo,
debe aplaudir...

ENR. (Conteniéndose.) ¡Sí por cierto!
¡y usted con ese inesperto
(Á Julia con sarcasmo)
corazon! ¡yo me confundo!
¿cómo se entregó al demonio
si en ser viuda persistía?

JULIA. Yo... como aún no sabía
á qué sabe el matrimonio... (Muy marcado.)

ENR. ¡Aún de mi asombro no salgo!

MIGUEL. ¿Conque se marcha usted solo?

ENR. He sido un necio y un bolo.

PILAR. Lo confiesa, y algo es algo.

ENR. Con esos instintos crueles
y un alma tan encogida. (Á Juan.)

JUAN. «La comedia de la vida
»solo tiene dos papeles;
»ó engañador ó engañado:»

yo el otro hubiera elegido
mas ¿qué quieres? he aprendido,
el que tú me has enseñado.

ENR. Basta: me queda el consuelo
de que cual yo me engañé,
usted se engañó y usté... (Á Miguel y Julia.)
¡Castigo justo del cielo!
Usted que de él sospechaba, (Á Miguel.)
en su experiencia fundado,
y no hubiera sospechado
nunca si otro le engañaba.
Usted que de hombres verdugo, (Á Julia.)
se empeñaba viuda en ser,
y que ha venido á caer,
sin amor, en nuevo yugo.
Yo, que tonto á Juan creía
con mi práctica risible,
y que juzgaba infalible (Á Julia.)
que usted amor me tenía;
todos prueban, y me fundo
en esta leccion pequeña,
que la experiencia no enseña
lo bastante en este mundo.
Piensa aquel que da en tener (Al público.)
mas práctica en acertar,
que puede pronosticar
lo que le ha de suceder;
pero á mi ver
esa práctica es perdida;
que en la farsa de la vida
no hay forma, medio ni modo
de vivir, sin añadir...
¡Dios sobre todo!
Dice un valiente probado:
«¡á mí nadie me ha vencido!»
y uno que nunca lo ha sido
riñe y le vence esforzado.
¿Quién le ha dado
contra tan fuerte adalid
que venció á medio Madrid
al pobre de vencer modo?
Que al reñir supo decir

¡Dios sobre todo!
«El lunes llego á Calcuta,»
dice el audaz navegante
con la práctica constante
de no equivocar la ruta.
No disfruta
ni un dia de su ilusion;
á Vigo de un empellon
le hace ir el viento á su modo,
por no decir... «Podré ir...
¡Dios sobre todo!»
«Yo conozco á la mujer
y no me puedo engañar,»
dijo marchando al altar
uno que sabe escoger...
Le ví ayer (Con misterio al público.)
con dos chicos en la mano
mientras su mujer... ¡al grano!
que de mirarle no hay modo
sin reir, por no decir
¡Dios sobre todo!
Dice un infalible autor:
«Yo siempre he sido aplaudido;
si sabré yo!...» Y á un descuido
le pegan una... ¡Qué horror!
No, señor;
el autor debe exclamar:
«No me quiero equivocar...
»yo de acertar busco el modo...
»si al freir, llega el reir...
»El público sobre todo!...»

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 25 *de Enero de* 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

El domador de fieras.....	1	D. J. Campo Arana (*Mitad*).	L.
El lucero del alba.....	1.	Manuel Fernandez..	M.
Entre dos tios.....	1.	Manuel Nieto.....	M.
La pecadora, cancion.....	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero.....	L. y M.
Nos matamos.....	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
Sonó la flauta.....	1	Cuartero y Taboada.	L. y M.
Espiridion en Vulcano.....	2	Rafael Taboada. *Mit.*	M.
La clave.....	2	Campo Arana (*Mitad*)	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.